

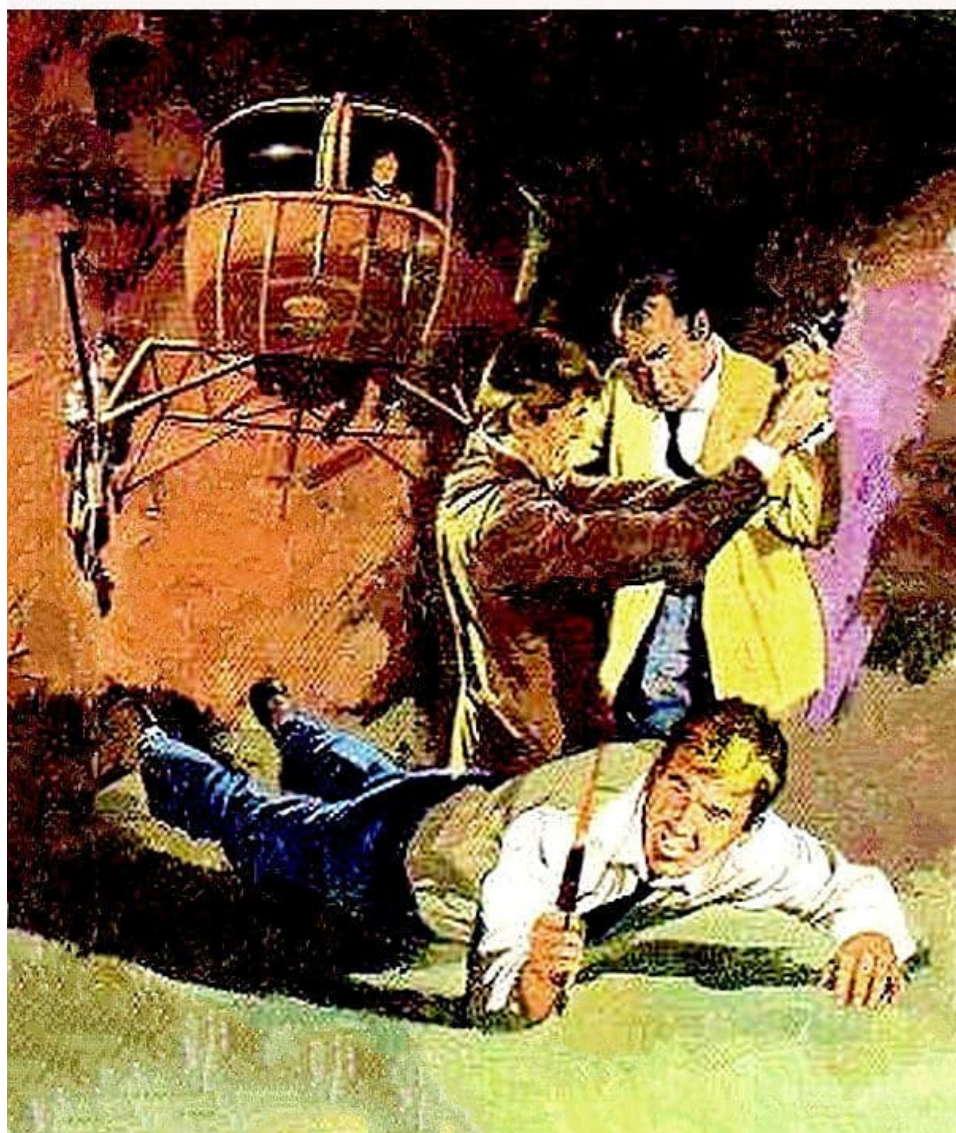
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

# made in Chicago

adam surray



Larry Baxter entornó los ojos.

Ocultó así el peligroso brillo que en ellos se reflejaba. No quería provocar a sus visitantes.

El teniente Paul Loewe lanzó una semicircular y burlona mirada por el despacho.

Lujoso. Bien amueblado. Desde el ventanal podía divisarse las tranquilas aguas del Lake Michigan.

—¿Es ésta tu pocilga, Larry? ¡Infiernos...! Eres un tipo afortunado. Mi sueldo jamás me dará para una cosa así. Te envidio.

Dos individuos acompañaban al teniente Loewe.



Adam Surray

# Made in Chicago

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1313**

ePub r1.0

Lds 01.08.18

Título original: *Made in Chicago*

Adam Surray, 1975

Cubierta: Enrique Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



# SS

## SERVICIO SECRETO



## CAPÍTULO PRIMERO

Larry Baxter entornó los ojos.

Ocultó así el peligroso brillo que en ellos se reflejaba. No quería provocar a sus visitantes.

El teniente Paul Loewe lanzó una semicircular y burlona mirada por el despacho.

Lujoso. Bien amueblado. Desde el ventanal podía divisarse las tranquilas aguas del Lake Michigan.

—¿Es ésta tu pocilga, Larry? ¡Infiernos...! Eres un tipo afortunado. Mi sueldo jamás me dará para una cosa así. Te envidio.

Dos individuos acompañaban al teniente Loewe.

Corpulentos. Ambos con discreto traje gris y zapatos negros con la puntera enfilando hacia arriba.

Apestaban a policía.

Uno de ellos rió entre dientes.

—No ha visto a la nueva secretaria, jefe... Todo curvas. Una verdadera golosina.

Paul Loewe agrandó los ojos.

Simulando asombro.

—¿Es cierto eso, Larry? ¿Puedes permitirte una muñeca para que limpie los ceniceros?

Larry Baxter, acomodado tras la mesa escritorio, se incorporó con premeditada lentitud.

Era un individuo alto. De unos treinta años de edad. Rostro inexpresivo, ausente, de facciones poco definidas...

Sólo sus grises ojos, y muy fugazmente, delataban un extraño brillo.

Lucía una deportiva camisa a cuadros realizada en Brisol y pantalón azul oscuro.

—¿Qué quiere, teniente? Escupa lo que tenga que decirme. Estoy muy ocupado.

La sonrisa se fue borrando paulatinamente del rostro de Loewe.

Fue reemplazada por una mueca poco cordial.

—Sólo felicitarte, Larry... Eso es... Felicitarte... El *Chicago Tribune* te dedicó ayer un elogioso artículo. Merecido, por supuesto. Tú solito has capturado al asesino de Grace Ridall. Apuesto a que el gran Jason Ridall fue generoso. ¿Cuánto te soltó por descubrir al asesino de su hija? ¿Veinte mil dólares? ¿Treinta?

—No es asunto suyo, teniente.

—¿Tienes miedo al Fisco? —rió Paul Loewe siendo coreado por sus dos compañeros—. Te doy la razón, Larry. No es asunto mío..., aunque sí me concierne una parrafada que me dedica el *Chicago Tribune*. Después de dorar la píldora al valeroso e inteligente Larry Baxter, deja unas líneas al «inepto teniente Loewe de la Brigada de Homicidios».

—¿Por qué no presenta una demanda?

—¡Oh, no...! No puedo hacer eso, Larry. Hay que aceptar las críticas. En el *Chicago Tribune* no saben que fracasé por culpa de un hijo de perra. De un bastardo que ocultó valiosas pruebas a la policía.

Baxter respiró profundamente.

Una vena se dibujó con fuerza en su sien izquierda.

—Los detectives privados tenemos un código, teniente. No es correcto delatar a nuestros informadores ni comunicar a la policía datos aún sin confirmar. No siempre nuestras sospechas resultan ciertas.

—Pronto dejarás de ejercer, Larry. Haré que te retiren la licencia. Eres una rata que disfruta rebuscando en la basura. Lo tuyo son los estercoleros.

—Adiós, teniente. Gracias por su visita.

—Aún no he terminado, Larry. Mis superiores no están contentos con mi trabajo en el caso Grace Ridall. Me han amenazado con tomar medidas disciplinarias muy severas.

—Lo comprendo. Debe esmerarse, teniente.

Loewe enrojeció.

Terminó por forzar una sonrisa.

—Eso es lo que voy a hacer, Larry... Eliminar obstáculos. No es

la primera vez que te cruzas en mi camino creando dificultades.

—Todo lo contrario, teniente. He solucionado muchos casos que para la Brigada de Homicidios eran verdaderos quebraderos de cabeza.

—No quiero tu ayuda, bastardo. Y estoy aquí para convencerte. Vas a descansar durante una larga temporada.

—No haga algo de lo que pueda arrepentirse, teniente.

—¿Me estás amenazando?

La señal de Paul Loewe fue casi imperceptible, pero sin duda sus dos compañeros ya estaban alertados.

Se abalanzaron sobre Baxter.

El detective también parecía estar esperando aquel ataque. Retrocedió tropezando con el sillón giratorio. Aquello le hizo trastabillar y, cuando quiso recuperarse, ya era demasiado tarde.

Los dos hombres le sujetaban con fuerza conduciéndole hacia el centro del amplio despacho.

Frente a Loewe.

Le esperaba con cruel sonrisa.

—Bien, Larry... No voy a quedar más en ridículo por tu culpa... Te convenceré que...

Baxter, súbitamente, proyectó su pierna derecha.

El teniente Loewe se dobló con los ojos desorbitados y la boca abierta. Lívido. Boqueó mientras se llevaba ambas manos al bajo vientre donde acababa de recibir el brutal patadón.

El puño derecho de uno de los policías trazó un rápido semicírculo para terminar estrellándose en el estómago de Baxter. Con violencia. El segundo policía colaboró propinando un trallazo tras la oreja izquierda del detective.

No le soltaron.

Larry Baxter quedó atenazado por los dos individuos.

Esperaban a que Loewe se recuperara.

El teniente, todavía con cadavérica palidez en el rostro, se abalanzó sobre el indefenso Baxter.

Ciego de ira.

Sus puños le castigaron el estómago, pecho y rostro. Una lluvia de contundentes golpes propinados con saña.

Las piernas se negaron a sostener a Baxter, pero no cayó. Continuaba sujeto por los dos gorilas. Recibiendo el sádico castigo.

Pronto se vio rodeado de tinieblas. Dejó de sentir los golpes.

—¡Soltarle! —jadeó Loewe con los nudillos de ambas manos ensangrentados.

Larry Baxter se desplomó de bruces.

El teniente no se dio por satisfecho.

Prosiguió.

A puntapiés.

Los salvajes golpes hicieron girar al inerte Baxter que quedó con los brazos en cruz.

—Eh, teniente... Ya es suficiente —advirtió uno de los policías temeroso de las consecuencias de la cruel y prolongada paliza—. Le va a matar...

Loewe rió como un poseso.

Con el rostro desenchajado y babeando de morboso placer.

—Eso es precisamente lo que quiero... ¡Acabar con este maldito pesquisa! ¡Lo haré!

Loewe comenzó a pisotear brutalmente la cabeza de Larry Baxter.

Aquello hizo reaccionar a los dos agentes.

Sujetaron a su superior arrastrándole hacia la puerta.

—¡Ya basta, teniente!

Al ser zarandeado por los dos individuos, Loewe pareció recuperar la razón. Dejó de oponer resistencia.

Sonrió con la mirada puesta en el caído.

—Sí..., ya es suficiente... Dudo que olvide fácilmente la lección recibida. En marcha, muchachos. Ya nada tenemos que hacer aquí.

Los tres hombres abandonaron el despacho.

Cuando Larry Baxter entreabrió los ojos le parecía que había transcurrido toda una eternidad. Los cerró al instante. Dominado por el dolor. Tenía dificultades al respirar.

Un lacerante dolor recorría su costado izquierdo.

Experimentó un súbito frescor en el rostro.

Como un bálsamo.

Volvió a abrir trabajosamente los ojos, pero sin conseguir ver nada. Infinitas luces multicolores danzaban a su alrededor.

Parpadeó.

Una y otra vez.

Las luces se fueron eclipsando.

Consiguió fijar la imagen.

Y entonces se percató de que toda aquella sensación de angustia de dolor, de náuseas... eran irreales.

No podían ser ciertas.

Los muertos no pueden sentir nada.

Y Larry Baxter, al abrir los ojos, comprendió que estaba muerto.

## CAPÍTULO II

Sí.

Forzosamente tenía que estar muerto.

Aunque le sorprendía que hubiera acudido un ángel a recibirle. Era demasiado para un individuo de las virtudes de Larry Baxter.

—¿Se encuentra mejor?

Baxter volvió a parpadear repetidamente al oír aquella dulce voz.

La imagen no desapareció.

El ángel seguía allí.

Un bello rostro femenino enmarcado en negra y sedosa cabellera. Ojos oscuros de intensa y penetrante mirada. Nariz recta. Labios carnosos, húmedos, tentadores...

Larry Baxter trató de incorporarse.

Un punzante dolor en el costado le obligó a un instintivo grito.

Percibió unas delicadas manos posarse sobre sus hombros impulsándole a reclinarse de nuevo en el sillón.

—No debe moverse... Beba esto. Le hará bien.

El estupor de Baxter le hizo obedecer dócilmente.

No estaba muerto.

Se encontraba en uno de los sillones de su despacho. Y el líquido que ahora saboreaba era su «Johnnie Walker Etiqueta Negra».

Aquel ángel era real.

—¿Quién eres?

La mujer no respondió.

Estaba encendiendo un cigarrillo. Después de succionar un par de veces, depositó el emboquillado en los labios de Baxter.

El detective se incorporó.

El húmedo pañuelo de seda que refrescaba su frente cayó

mansamente sobre la alfombra.

Baxter no intentó recogerlo.

Bastante tenía con mantener el equilibrio.

Con torpe paso se encaminó hacia una puerta situada junto al armario-archivo.

Correspondía a un reducido cuarto de aseo.

Apoyó las manos en el lavabo.

El contemplar su propio rostro en el espejo le produjo escalofríos.

El ojo izquierdo aparecía hinchado. También los labios. El tumefacto pómulo derecho casi le impedía ver la oreja.

Tenía la camisa manchada de sangre, pero las heridas de su rostro ya estaban hábilmente curadas.

Volvió a sentir náuseas.

Y vomitó.

Hasta la primera papilla.

Permaneció unos minutos con la frente apoyada en el frío espejo. Se encontraba mucho mejor. Procedió a despojarse de la ensangrentada camisa. De un pequeño armario empotrado extrajo un jersey cuello cisne color hueso.

Se lo ajustó con lentos movimientos.

Pausadamente.

Se dirigió hacia la puerta. Antes de abrir consultó la esfera de su reloj de pulsera.

Calculó que había transcurrido unas tres horas inconsciente.

El bastardo de Loewe había hecho un buen trabajo.

A conciencia.

Retornó al despacho.

La mujer continuaba de pie.

Larry Baxter pudo ahora contemplarla más detenidamente.

Era joven. De unos veintidós años de edad.

Volvió a admirar la belleza de su rostro, pero el espectáculo no terminaba ahí.

La muchacha vestía un elegante conjunto. Se había despojado de la chaqueta que yacía descuidadamente sobre la mesa escritorio. La camisa de punto en estampado acrílico no tenía acoplado ni uno solo de sus botones. Ninguna otra prenda debajo.

La joven enrojeció al percatarse del lugar donde se centraba la

mirada de Baxter. Se abotonó nerviosamente la blusa mientras esbozaba una sonrisa.

—Tuve que realizar un gran esfuerzo hasta lograr acomodarle en el sillón...

Larry Baxter se había apoderado del vaso de *whisky*.

Vio sobre la mesa la botella de «Johnnie Walker» y el botiquín portátil del cuarto de aseo.

La mujer se adelantó a toda pregunta.

—Me tomé la libertad de buscar el botiquín y la botella de *whisky*... Ya iba a llamar a un médico. Me inquietaba el comprobar que no recuperaba el conocimiento.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —dijo Baxter con cordial sonrisa que borró al instante de dañar sus agrietados labios—. Celebro también tu decisión de no llamar a un médico. Supongo no habrás avisado a nadie, ¿verdad? Me refiero en especial a la policía.

—Ésa fue mi primera intención. La puerta de entrada estaba abierta y no había nadie en la antesala. Al verle aquí, en el suelo, ensangrentado... Me asusté. Creí que estaba muerto. Quise avisar a la policía, pero dominé mi miedo. Opté por esperar su decisión.

En ocasiones la intervención de la policía resulta... molesta.

Baxter vació el vaso de *whisky*.

Sonrió a la joven.

—Eres muy inteligente. ¿Cuál es tu nombre?

—Jacqueline Hershey.

—¿Visita profesional?

—Sí.

—¿En qué puedo ayudarte, Jacqueline? Había decidido no aceptar ningún trabajo y disfrutar de unas vacaciones, pero contigo haré una excepción. Me gustaría corresponder a lo que has hecho por mí. Siéntate...

Jacqueline se había colocado la chaqueta sobre los hombros. El modelo, un traje chaqueta de excelente corte, resultaba elegante y juvenil.

Se acomodó en uno de los sillones de piel situados frente a la mesa escritorio.

Cruzó las piernas.

La corta falda subió hasta la mitad del muslo.

Larry Baxter, antes de dejarse caer en el sillón giratorio, dedicó una mirada de aprobación a aquellas esculturales piernas enfundadas en semioscuros *pantys*.

—¿Te ha recomendado alguien, Jacqueline?

—No.

—En Chicago abundan los detectives privados. Una verdadera plaga. ¿Por qué has acudido a mí?

—Tú eres el mejor —respondió la muchacha correspondiendo por primera vez al tuteo—. Me ha fascinado tu forma de actuar en el caso de Grace Ridall.

—Los periodistas exageran.

—¿También en tus honorarios? El *Chicago Tribune* comenta que no aceptas un trabajo por menos de mil dólares.

El detective rió divertido.

—Ahí no exageran; aunque olvidan mencionar que, de no resolver el caso, no acepto un centavo. Contigo aplicaré una tarifa especial.

Jacqueline había abierto su pequeño bolso de mano.

Extrajo un rectangular papel que depositó sobre la mesa.

Larry Baxter, sin hacer ademán de cogerlo, le dirigió una mirada. Era un cheque a su nombre.

La cantidad reseñada le hizo parpadear estupefacto.

¡Veinticinco mil dólares!

Ahora sí se apoderó de él para comprobar mejor la cifra.

—¿A quién tengo que liquidar, Jacqueline?

La muchacha pasó por alto el burlón comentario del detective. Se había llevado un cigarrillo a los gordezuelos labios aplicando la llama de un diminuto encendedor de oro.

Exhaló una bocanada de humo.

Sus negros ojos se posaron en Baxter.

Fijamente.

—No es un trabajo sencillo, Larry. De ahí que no repare en gastos y quiera contratar al mejor detective.

—¿De qué se trata?

—Mi padre. Ha sido secuestrado.

Baxter arqueó las cejas.

Aquel leve e instintivo gesto le ocasionó dolorosas punzadas en su magullado rostro.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Tiene alguna pista la policía? Si el FBI se ha hecho cargo del asunto, no dudes del éxito.

—No he denunciado el secuestro de mi padre, Larry. Ni a la policía local ni al Federal Bureau of Investigation.

Baxter creyó haber oído mal.

Sacudió la cabeza.

—¿Quieres repetirlo, Jacqueline?

—No puedo acudir a la policía. Y menos al FBI.

—¿Por qué? No comprendo...

—Soy Jacqueline Hershey. Hija de Arthur Hershey.  
¿Comprendes ahora?

Larry Baxter, aun después de permanecer unos instantes con la boca entreabierta, reaccionó a su estupor.

—Arthur Hershey... el jefe... del... del...

—Sí, Larry —concluyó la muchacha—. El jefe del Sindicato del Crimen.

## CAPÍTULO III

Larry Baxter había cerrado la puerta de entrada a su oficina evitando así la posible súbita aparición de visitantes.

Volvió al despacho.

Antes de acomodarse tras la mesa escritorio se sirvió otra dosis de *whisky*. Sin hielo ni soda.

—Adelante, Jacqueline. Te escucho.

—¿Vas a aceptar el caso?

Baxter sonrió fijando su mirada en el cheque.

—Ya está a mi nombre, ¿no? Vivimos tiempos difíciles. No puedo permitirme el lujo de rechazar veinticinco mil dólares.

—No es dinero del Sindicato del Crimen, Larry. Es mío. Ganado honradamente.

—Sólo soy escrupuloso al seleccionar el trabajo. No hago ascos al dinero. En cierta ocasión, un individuo se presentó denunciando que su mujer recibía continuas amenazas de muerte. Investigué el caso. Resultaron ciertas. La mujer fue asesinada. Y el autor del crimen resultó ser el marido. Creyó que el haberme contratado sería una buena coartada para la policía. Envié a prisión a mi cliente y, por supuesto, cobré su cheque. Es una de las ventajas del pago por adelantado.

—Quiero una respuesta concreta, Larry.

Baxter asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Acepto el caso, Jacqueline.

La muchacha encendió un nuevo cigarrillo. Nerviosamente. Se pasó la punta de la lengua por los carnosos labios.

El detective trató de ayudarla.

Sonrió animosamente.

—Empieza por el principio, Jacqueline. Sin ocultar ningún

detalle que pueda serme de ayuda.

Jacqueline le miró agradecida.

—Bien... Ocurrió hace cuatro días. Mi padre organizó una fiesta para celebrar la inauguración de un nuevo *night-club*. En su *bungalow* de Freys Boulevard. La fiesta coincidió con uno de mis desplazamientos a Chicago. Yo resido en San Francisco. Soy licenciada en Filosofía y dirijo un internado femenino desde hace un par de años. Mi padre, por sus... negocios, me quiere mantener lejos de él. Simplemente le visito unas tres o cuatro veces en el año.

»La fiesta transcurrió con toda normalidad. Demasiado... bulliciosa para mi gusto, pero ninguno de los presentes se escandalizó. Todos aquellos desmanes eran ya habituales. Los invitados se marcharon ya muy avanzada la noche. Mi padre se retiró a su habitación auxiliado por su secretario particular Stephen Brooks... Te supongo enterado de la desgracia de mi padre, ¿no?

—Lo estoy. Fue un suceso muy comentado en Chicago. Sufrió un atentado. En pleno centro de la ciudad. A poca distancia del Art Institute. Hace dos años, ¿verdad? Una ráfaga de metralla cuando se disponía a subir a su auto. El autor resultó ser un viejo y rencoroso miembro del Sindicato del Crimen que se suicidó en el mismo lugar del atentado. Tu padre tuvo suerte.

—¿Suerte? Lleva ya dos años condenado a una silla de ruedas. ¡Imposibilitado para andar o valerse por sí mismo!

—Al hablar de suerte recordaba a los dos *grugmen*<sup>[1]</sup> que murieron en el atentado.

Jacqueline inclinó la cabeza.

—Tienes razón...

—Eso ya pertenece al pasado, Jacqueline. Sigue. Ese tal Stephen Brooks subió a tu padre a la habitación, ¿no?

—Sí. Como todas las noches. Brooks pernoctaba también en el *bungalow*. En una habitación contigua a la de mi padre. Yo despedí a los últimos invitados rezagados y me retiré a dormir. Al día siguiente la habitación de mi padre estaba vacía. Había desaparecido. Su silla de ruedas junto al lecho.

Larry Baxter se incorporó abandonando la mesa escritorio.

Se aproximó a la muchacha.

—¿No escuchó Brooks ningún ruido sospechoso? ¿Nada que le alertara de que ocurría algo anormal?

—No.

—¿Y tú?

—Tampoco. Era muy tarde cuando me acosté y quedé profundamente dormida. Me despertaron los gritos de Brooks al descubrir la desaparición de mi padre.

—¿Quiénes más había en la casa aquella noche?

—Dos muchachas. Susan Kelman y Margaret Stern, Mi padre ordenó que quedaran a mi servicio.

—¿Nadie más?

—No. Sé que normalmente mi padre se hace rodear de guardaespaldas y de un numeroso servicio doméstico; pero evita todo eso en mi presencia. Durante mi estancia en Chicago quiere aparentar una vida tranquila y sin preocupaciones. Únicamente Stephen Brooks permanece a su lado.

—Fue una imprudencia prescindir de la habitual escolta.

—El *bungalow* está rodeado de una alambrada electrificada. Y la casa dispone de varios sistemas de alarma. De ahí que mi padre se confiara.

—¿Ninguno de esos sistemas funcionó?

—No, Larry. Lo más sospechoso y sorprendente es que no han sido alterados. Nada aparece forzado.

Baxter se pellizcó el lóbulo de la oreja izquierda.

Pensativo.

—Un caso interesante... ¿Quién ocupa el puesto de tu padre? ¿Su lugarteniente John Mulligan?

—Sí. ¿Le conoces?

—Por supuesto. Es un hombre muy popular en Chicago —respondió el detective con enigmática sonrisa—. ¿Ha aprobado el que acudas a mí?

—Fue decisión mía, pero está conforme. Me solicitaron un plazo de tres días para encontrar a mi padre. Si no lograban nada positivo permitirían que acudiera al mejor detective de Chicago.

—¿Por qué no al FBI? Tu padre es un hombre astuto. Todos sus negocios son aparentemente legales. Sus libros están en regla y salen airosos a toda inspección oficial. Se le acusa de corrupción, de tráfico de drogas y armas, de espionaje industrial, sobornos, asesinatos... y nada se le puede probar. Su Sindicato del Crimen en Chicago es uno de los más perfectos. Superior en organización a la

mismísima mafia neoyorquina. Si el FBI le rescata, los únicos en pagar las consecuencias serían los secuestradores. A tu padre nada le ocurriría.

—Hay algo más, Larry. Los secuestradores dejaron una nota en la habitación de mi padre. Quieren dos millones de dólares.

—¡Diablos...! ¿Ya han puesto sus condiciones?

—No. Sin duda quieren dar tiempo al sindicato para reunir ese dinero.

Baxter chasqueó la lengua.

—Voy a ser sincero contigo, Jacqueline. El Sindicato del Crimen es una poderosa organización formada por varios e importantes miembros. No pagarán tan fabulosa cantidad. Hay muchos intereses en juego y no pueden permitirse sentimentalismos. Si tu padre desaparece, John Mulligan ocupará su lugar y la organización continuará funcionando. Personas influyentes son miembros del sindicato. Políticos que aparentan honradez, magnates honorables... Son poderosos y crueles. No pagarán el rescate. —Algo les obligará a hacerlo.

—¿El qué?

—Mi padre llevaba un diario secreto. Ignorado por la organización. En él detallaba todas las operaciones efectuadas por el Sindicato del Crimen, los nombres de todos sus elementos, los sobornos realizados a funcionarios del Gobierno... Todos los turbios negocios, aparentemente legales, son descubiertos con profusión de datos.

Baxter no pudo evitar una mueca de asombro.

—¡Eso es dinamita...! ¿Cómo has logrado averiguar la existencia de ese diario?

—Han sido depositadas unas fotocopias en el buzón del *bungalow*. El diario está en poder de los secuestradores. ¿Comprendes ahora, Larry? La organización pagará lo que les pidan. ¿Comprendes también el no acudir al FBI? Si ellos consiguen encontrar a mi padre, darían también con el diario. Y eso sería el fin del sindicato. John Mulligan me ha amenazado de muerte si doy aviso a la policía.

—Me sorprende que Mulligan te permitiera acudir a mí.

—Está el secreto profesional, Larry. Un detective no puede...

—Me refiero a que el sindicato dispone de excelentes

investigadores y de poderosos medios. No necesita a un detective privado.

Jacqueline se reclinó en el sillón, respirando profundamente.

Los ojos de Baxter se tornaron vidriosos.

Por unos instantes los botones de la blusa parecieron incapaces de controlar los erectos senos femeninos.

—John Mulligan ha seleccionado a un grupo de hombres. De su entera confianza. Por el momento no quiere mover todos los resortes de la organización. De conocerse la existencia de ese diario, se sembraría el pánico. Sus hombres, en estos tres días, han fracasado. Ni rastro de mi padre. Ninguna pista. De ahí que Mulligan permita la intervención de un detective ajeno al sindicato. Se mostró satisfecho cuando mencioné tu nombre. También para él eres el mejor. Quiere hablar contigo. Te espera esta tarde en el *bungalow* de mi padre. El 735 de Freys Boulevard, barrio McCook.

—No faltaré.

La muchacha se incorporó dando por terminada la entrevista.

Baxter la acompañó hasta la antesala.

—Larry...

—¿Sí?

—Esos veinticinco mil dólares no se los menciones a Mulligan. El pagará tus honorarios. Es Mulligan quien te contrata.

—Entonces no es correcto aceptar tu cheque.

—Sí, lo es, Larry. Yo quiero rescatar a mi padre con vida. Es lo único que me importa. Mulligan sólo desea recuperar el diario. Acepta mi cheque con la condición de mantenerme siempre informada de tus investigaciones. Incluso antes que a Mulligan. — Cuenta con ello.

Jacqueline sonrió.

—Gracias, Larry. Hasta pronto.

La joven abandonó la oficina.

Larry Baxter quedó unos segundos en la antesala. En actitud pensativa y ausente.

Se encaminó lentamente hacia el despacho.

Había aceptado un trabajo interesante... y peligroso.

Le gustaban así.

Aunque...

Ahora, más fríamente, reconoció haberse precipitado. Iba a ser

contratado por el llamado Sindicato del Crimen.

Con la misión de rescatar al desaparecido jefe y a su comprometedor diario.

Bien.

Supongamos que tuviera éxito.

¿Le dejarían con vida después de conocer la existencia de ese diario?

Larry Baxter tragó saliva con dificultad.

Sospechaba cuál sería la recompensa.

Un baño en el pestilente Chicago River con un bloque de cemento en los pies.

## CAPÍTULO IV

Larry Baxter terminó de contemplarse en el espejo.

Se arrancó el esparadrapo que segundos antes había colocado en su pómulos derecho. Era menos aparatoso al natural. Lo único en verdad llamativo era el amoratado ojo.

Pasó al despacho ajustándose la chaqueta *sport*. De uno de los cajones de la mesa extrajo un revólver del treinta y ocho. Lo acopló a su costado izquierdo, bajo el ancho cinturón del pantalón.

Apretó con fuerza los labios al sentir las punzadas.

El dolor en el costado persistía.

Un ruido atrajo su atención. Procedía de la antesala. Alguien había entrado en la oficina.

—¡Larry...! ¡Ya estoy aquí!

Baxter ahogó un suspiro.

La agitada mañana le había hecho olvidar su cita con Natalie. Para celebrar el triunfo en el caso Grace Ridall había prometido llevar a su linda secretaria al Maison Lafite.

—¡Dios mío...! ¡Larry...! ¡Larry...!

La muchacha que penetró en el despacho, al ver el rostro de Baxter, corrió a su encuentro abrazándose a él.

El detective aulló de dolor.

Los brazos de Natalie le habían atenazado con demasiado entusiasmo.

—¿Qué te ha ocurrido, Larry...? ¿Ya te ha reconocido un médico? ¿Has avisado a...?

—Oye, Natalie..., ¿cuánto tiempo llevas conmigo?

—¿Cómo?

Baxter fijó su mirada en la joven.

Era demasiado bonita para ser también inteligente.

Natalie. Dieciocho años de edad. Rostro ovalado. Pelo castaño. Sus medidas, en pulgadas, eran treinta y cinco, veinticuatro y treinta y cinco. Todo curvas. Un juvenil jersey con tirantes, muy ceñido. Inconscientemente provocativa. Sensual. Tentadora...

—Pregunto cuánto tiempo llevas trabajando para mí.

—Ah... Tres semanas, dos días y seis horas.

Baxter carraspeó.

Por un momento temió que se estaba burlando de él, pero en los ojos de Natalie sólo leyó una profunda admiración.

—Bien, Natalie. ¿Es la primera vez que me encuentras en semejante estado?

—No, Larry. Al tercer día de trabajar aquí pasé a recogerte al Carson Hospital, pero no termino de acostumbrarme. Sufro al ver que te hacen daño... Antes has gritado. ¿Te duele aquí?

Las manos de Natalie comenzaron a acariciar el pecho del detective palpando sus costillas.

Larry Baxter, incomprensiblemente, no sintió ningún dolor. Sólo su pulso empezó a acelerarse.

—Oye, Natalie... Déjalo. Ya me haré un reconocimiento.

—No tienes ninguna costilla rota —murmuró la muchacha acercándose más a él—. Hice un cursillo de primeros auxilios. Te daré unos suaves masajes y...

—¡No! —exclamó Baxter apartándose casi con brusquedad. Al ver el estupor de Natalie, forzó una sonrisa—. Es mejor dejarlo, ¿eh, pequeña? Me pones muy nervioso.

—¿Yo...? ¿Por qué?

Baxter entornó los ojos.

Tanto candor empezaba a resultar sospechoso.

Decidió cambiar de conversación.

—Tenemos trabajo, Natalie. He aceptado un nuevo caso.

—¡Oh, no...! —La joven hizo un gracioso mohín de disgusto—. Habías prometido una semana de descanso.

—Olvídala.

—¿También el almuerzo en Maison Lafite?

—También. No podemos perder tiempo. Quiero que te pongas en comunicación con Sam Gardner.

—¿Tu amigo de San Francisco?

—Ajá. Quiero que te proporcione una amplia información sobre

Jacqueline Hershey, hija de Arthur Hershey. Propietaria de un internado femenino de San Francisco.

Natalie se había inclinado sobre la mesa escritorio para tomar nota.

—¿Algo más, Larry?

—No. El resto corre de mi cuenta. Cuando tengas el informe lo dejas en mi apartamento. Posiblemente ya no regrese por aquí hasta mañana.

—He oído hablar de Arthur Hershey.

Baxter sonrió irónico.

—¿De veras?

—Sí, Larry. Aseguran que sus negocios son ilegales, una simple tapadera para desarrollar actividades delictivas, que son controlados por la mafia... ¿Vas a trabajar para él?

El dedo índice de Baxter golpeó suavemente la respingona nariz de la muchacha.

—Limítate a obedecer, ¿eh, pequeña? Despedí a mi anterior secretaria por hacer demasiadas preguntas.

—Sí, Larry. Lo que tú digas.

Los gordezuelos labios de Natalie apenas se movieron al hablar.

Inclinó la cabeza.

Sumisa.

Larry Baxter se percató de la peligrosidad de aquella mujer. Era capaz de engatusar al más experto *play-boy*.

—Hasta mañana, Natalie.

—¿No formulamos ninguna denuncia contra el teniente Loewe?

El detective no pudo evitar una mueca de asombro. Sí.

Se había equivocado al juzgar a Natalie.

Bella e inteligente.

Aquello acentuaba su peligrosidad.

Lo prudente era mantenerse distante e indiferente. Sin confianzas. Sólo así se evitaría caer en las dulces y tentadoras garras de Natalie.

\* \* \*

Larry Baxter había aprovechado las primeras horas de la tarde

para hacerse un reconocimiento médico.

El diagnóstico de Natalie resultó cierto.

Ninguna costilla rota.

Sólo algo castigadas.

Un ungüento milagroso y un eficaz vendaje contribuían a mitigar el dolor.

Baxter conducía su deportivo «Chevrolet Corvette» por el barrio McCook. Una de las zonas residenciales más lujosas de Chicago. Ajena al nauseabundo hedor de los *Stock Yards*<sup>[2]</sup>. Lugar destinado a los poderosos. A los forrados de dólares.

El auto enfiló por Freys Boulevard.

Los *bungalows* se alineaban a uno y otro lado de la avenida. Espaciosos. Distantes entre sí.

Larry Baxter divisó el correspondiente al número 735.

Rodeado por una alta muralla de hierro y piedra. La verja de entrada desmesuradamente amplia. Capaz de permitir el paso de un convoy militar.

Baxter hizo sonar el claxon.

La reja se abrió automáticamente.

El detective, al cruzar bajo el arco de la muralla, descubrió un «ojo mágico». Estaban siguiendo todos sus movimientos mediante un circuito cerrado de televisión.

El sendero que conducía hasta el *bungalow*, ancho y asfaltado, estaba protegido por unos bien cuidados setos. Parece del jardín quedaba a la izquierda, junto al invernadero y la pista de tenis. Al otro lado destacaba la sinuosa piscina.

Súbitamente, cuando el «Chevrolet Corvette» ya iba a detenerse frente al porche de la casa, resonó con estruendo el ulular de una sirena.

Larry Baxter dio un respingo en el asiento.

Giró la cabeza temiendo haber atropellado a una jauría de gatos.

La sirena cesó.

El auto quedó frente al porche.

El detective descendió del vehículo esperando unos segundos a que alguien saliera a recibirle.

Echó un vistazo a la casa.

De una sola planta. Con longitudinal porche que cubría toda la fachada. Dos artísticos quinqués adornaban la entrada. Las ventanas

protegidas por enrejados al viejo estilo californiano.

Baxter encendió un cigarrillo.

Ya no esperó más.

Con firme paso subió los níveos escalones del porche y accionó el picaporte de la puerta del *bungalow*.

Ahora el sobresalto fue mayor.

El agudo y penetrante sonido de un timbre de alarma obligó al detective a dar un salto hacia atrás a la vez que, instintivamente, hacía ademán de apoderarse de su revólver.

El timbre también cesó casi al instante.

Un hombre atravesaba el lujoso *hall* en dirección a Larry Baxter. Sonriente. Ofreciendo su mano derecha.

—Ruego disculpe tan teatrales efectos sonoros, Baxter. Soy John Mulligan.

No hacía falta aquella aclaración.

John Mulligan era conocido en todo Chicago.

Propietario, al menos oficialmente, de una cadena de hoteles. Su fotografía aparecía con frecuencia en diarios y revistas.

De unos cuarenta años de edad. Rostro inexpresivo. Blanquecino. Poco acostumbrado al sol. Ocultaba sus ojos tras unas gafas ahumadas. Vestía un traje de excelente corte en tejido de alpaca.

Baxter estrechó la mano del individuo.

Correspondió a su sonrisa.

—Supongo que quería convencerme de los sistemas de seguridad existentes en la casa.

—Correcto, Baxter. Ésa era mi intención. La reja y alambrada de la muralla no estaban, por supuesto, electrificadas. Eso lo dejamos para la noche. Sí funcionaba el sistema de alarma del jardín. Una franja invisible rodea el *bungalow*. El paso de un auto, de un hombre o la simple caída de un ligero objeto; activa la sirena. Al igual ocurre si alguien llega tan sólo a rozar la puerta principal o la trasera.

—Y las ventanas enrejadas.

—Algo más que eso, Baxter.

—¿Electrificadas?

—Sí, aunque tan sólo se adopta esa medida durante la noche. Sígame... Hablaremos más tranquilos en la biblioteca.

Larry Baxter caminó tras el individuo.

Pasaron a una amplia estancia lujosamente amueblada. En la biblioteca, que ocupaba toda una pared, se veían cientos de volúmenes. Algunos de ellos incunables que el mejor museo envidiaría por poseer.

—¿Qué desea tomar, Baxter?

—*Whisky*.

John Mulligan manipuló unos minutos en el mueble bar plagado de botellas de fino cristal tallado. Retomó junto al detective portando dos largos vasos de *whisky*.

Baxter ya había tomado asiento en uno de los cómodos sillones.

—Voy a ser sincero con usted, Baxter. Era contrario a su intervención, pero el hecho de que mis... investigadores hayan fracasado me obliga a adoptar toda clase de medidas. Tampoco hubiera conseguido otro plazo de Jacqueline. Ella prefiere la intervención de un detective privado. De un hombre ajeno a nuestra organización. Le ha puesto al corriente de todo, ¿no?

—Eso creo —respondió Larry Baxter cautamente.

—Exijo la máxima discreción, Baxter. La desaparición de Arthur Hershey no es del dominio público. También debe recuperar un... un diario personal de Hershey. Anotaciones privadas que a nadie incumben. ¿Me comprende?

—Por supuesto.

Mulligan pasó por alto la fina ironía que acompañaba a las palabras del detective.

—Bien. Si llega a recuperar ese diario le aconsejo se abstenga de curiosear. Como ya le he dicho son anotaciones privadas del señor Hershey. Si culmina su misión con éxito no dude de nuestra generosidad.

Mulligan le tendió un fajo de billetes.

—Aquí tiene dos mil dólares para sus primeros gastos.

Larry Baxter comprendió aquella prudente medida. Dinero en efectivo. Un cheque con la firma de Mulligan podía resultar peligroso. Máxime si se encontraba en los bolsillos de un cadáver.

—¿Voy a tener libertad de acción, Mulligan? —interrogó Baxter sin coger el dinero—. Es mi primera condición antes de aceptar un trabajo.

—Total libertad, aunque vuelvo a rogarle máxima discreción. En

algunos de los negocios controlados por Arthur Hershey se ignora su desaparición.

—Por dos veces ha mencionado la palabra desaparición. ¿No ha sido un secuestro?

Tengo entendido que piden dos millones de dólares...

En el rostro de Mulligan asomó una fría sonrisa.

—Va a trabajar para mí y, por lo tanto, debe conocer todos los detalles que puedan ayudarle en el caso. Tenemos fundadas sospechas de que no se trata de un secuestro, sino de un vulgar chantaje. Un chantaje al que nos somete el propio Arthur Hershey.

## CAPÍTULO V

Larry Baxter había estado inspeccionando los alrededores del *bungalow*. El jardín, el invernadero e incluso la piscina. También recorrió, palmo a palmo, la muralla que circundaba el recinto.

Retornó a la casa.

Bajo, el porche le esperaba John Mulligan.

—¿Puedo echar un vistazo a las habitaciones?

—Por supuesto, Baxter.

Penetraron en el *bungalow*.

Mulligan abrió dos puertas del corredor.

La primera de ellas correspondía a la habitación de Stephen Brooks. La segunda, más espaciosa y mejor acondicionada, era la del desaparecido Arthur Hershey. Ambos ventanales, daban a la piscina.

—¿Y bien, Baxter?

Larry Baxter mantenía la mirada fija en la silla de ruedas situada junto al lecho.

Esbozó una sonrisa.

—No resulta aventurado afirmar que los secuestradores contaron con la ayuda de alguien de la casa... o conocían a la perfección los sistemas de seguridad.

—Susan Kelman y Margaret Stern son de mi total confianza. Llevan mucho tiempo trabajando para nuestra organización. Tampoco dudo de Stephen Brooks. Es fiel como un perro.

—¿Fiel a Arthur Hershey o al Sindicato del Crimen?

El rostro de Mulligan se endureció.

—Oiga, Baxter. Yo no pertenezco a ningún... sindicato. Arthur Hershey es el presidente de un importante grupo de hombres de negocios: hoteles, *night-clubs*, supermercados, máquinas

electrónicas, grandes almacenes... Son muchos los negocios controlados por nuestra junta de accionistas. Nada ilegal. La denominación de... Sindicato del Crimen es un atributo que nos ha colocado el FBI y algunos periodistas ávidos de sensacionalismos.

—Disculpe mi error, Mulligan. En hoteles de su organización se han cometido misteriosos asesinatos de importantes políticos, en algún *night-club* se ha descubierto tráfico de drogas, varios de sus empleados han sido detenidos bajo la acusación de intento de soborno, de chantaje, corrupción, espionaje...

—Eso nada significa. La organización es ajena. Lo demuestra el hecho de que no pesa ninguna acusación contra nosotros. Todo es legal. Si un agente del Federal Bureau of Investigation comete delito, ¿acusaría al Departamento de Justicia...? Olvidemos esta absurda conversación, Baxter. Lo importante es encontrar a Arthur Hershey y a su comprometedor diario.

—¿Por qué ha acusado a Hershey de planear su propio secuestro?

—¿Encuentra alguna otra explicación? Los sistemas de alarma no funcionaron. Arthur se dejó llevar dócilmente. Sin la menor resistencia, sin el menor ruido... Es un inválido, Baxter. Debieron sacarlo en camilla o ser conducido por dos hombres como mínimo.

Stephen Brooks, en la habitación contigua, no escuchó nada sospechoso. Ni Susan, ni Margaret... ¡Nadie! Eso significa que el propio Arthur Hershey, en complot con alguien, planeó su desaparición.

—¿Su hija?

Mulligan denegó con enérgico movimiento de su mano derecha.

—Arthur la aprecia, demasiado para involucrarla en semejante asunto. Tampoco Jacqueline se prestaría a ello.

—¿Por qué iba Hershey a planear su propia desaparición?

—Dos millones de dólares. ¿Le parece poco?

—Una miseria para un hombre que controla todo un imperio.

—Controlar no significa poseer, Baxter. Además... —Mulligan dudó unos instantes. Como si temiera pronunciar determinadas palabras. Se decidió—: Voy a añadir algo confidencial que le hará comprender. Arthur Hershey iba a ser sustituido. Esta misma semana yo me haría cargo de la presidencia. Arthur, desde el atentado sufrido, había perdido facultades. La... junta demoró esta

decisión toda lo, posible en consideración a los servicios prestados por Arthur Hershey; pero era imposible continuar así. Nuestro jefe no puede gobernar en una silla de ruedas.

—¿Cuándo se comunicó esa decisión a Hershey?

—Durante la fiesta. La misma noche de su desaparición. Curioso, ¿verdad?

—¿Lo sabe Jacqueline?

—No, al menos que su padre se lo comentara. ¿Comprende ahora, Baxter? Arthur Hershey nos está sometiendo a chantaje. Esas fotocopias enviadas lo demuestran. Si Arthur llevaba un diario secreto..., ¿cómo iban a saberlo los secuestradores? Todo es idea de Arthur. Consciente de que su simple desaparición no inquietaría a la organización; pero sí sabe que estaríamos dispuestos a pagar millones por ese *dossier*.

Larry Baxter quedó en silencio.

Sopesando los argumentos de Mulligan.

No le faltaba razón.

Máxime teniendo en cuenta la misteriosa forma en que Arthur Hershey desapareció de la casa.

—Ya está ahí Stephen Brooks —comentó Mulligan con la mirada fija en el ventanal del salón-biblioteca—. Yo debo marchar a supervisar nuestros locales. Es ahora, con la llegada de la noche, cuando empieza el trabajo. Diré a Stephen que se ponga a sus órdenes y responda a todas sus preguntas. Le deseo suerte, Baxter.

—No confía en mi éxito, ¿verdad, Mulligan?

John Mulligan, ya bajo el umbral, giró con lentitud.

—No dudo de sus cualidades, Baxter. Es uno de los mejores detectives. Y me gusta su modo de actuar. Su mejor virtud es la de no simpatizar con la policía lo cal.

—¿Cómo sabe eso?

Mulligan sonrió.

—Lo lleva escrito en la cara.

La frase de doble intención sorprendió al detective.

¿Cómo pudo llegar a conocimiento de John Mulligan su incidente con el teniente Loewe?

Larry Baxter se percató de que ya estaba solo en la biblioteca. Por el ventanal vio estacionarse un Buick color negro. Un individuo descendió del vehículo cruzan de unas palabras con Mulligan. Éste

ocupó su puesto en el volante.

Baxter se encaminó hacia el mueble-bar para servirse un segundo vaso de *whisky*.

Así le sorprendió la llegada del individuo.

—¿Larry Baxter?... Yo soy Stephen Brooks. Puede llamarse Stephen. El señor Mulligan ya me ha puesto en antecedentes.

Estrecharon sus manos.

Stephen Brooks frisaba en los treinta años de edad. Compleción atlética. Rostro bronceado y atractivo. Como un apuesto galán del viejo Hollywood. También él se sirvió una buena dosis de *whisky*.

—¡Por su triunfo, Baxter! Soy el primero en desear que este maldito asunto se solucione. Mi empleo está en el aire.

—¿De veras?

—Me acusan de negligencia. ¡Maldita sea!... Cuando se hubo retirado el último de los invitados accioné todos los sistemas de alarma. La muralla electrificada, los ventanales del *bungalow*, los dispositivos del jardín, las dos entradas a la casa... ¡Todo quedó en orden!

—Cualquier especialista puede neutralizar todos esos sistemas desde el exterior. Sólo tiene que conocer su emplazamiento y características.

Brooks asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—¡Eso mismo les he dicho yo! Celebro que hayan contratado a un detective privado. Los investigadores de Mulligan están influenciados por éste. Sospecha que Hershey simuló su propio secuestro.

—¿Cuál es tu opinión, Stephen?

Brooks sonrió de oreja a oreja. Contento de que alguien solicitara su parecer.

Bajó la voz.

—Existen rivalidades dentro de la organización. Cualquier grupo disconforme, conocedor del *bungalow*, pudo planear el secuestro del jefe.

Una imperceptible e irónica sonrisa se dibujó en el rostro de Baxter. Iba a resultar sencillo sonsacar a Stephen Brooks. Un engreído al que nadie hacía el menor caso.

—Tu colaboración puede ser muy valiosa. Stephen. Estabas en la casa. Junto con Susan, Margaret y Jacqueline. ¿Nadie más?

—No.

—¿Seguro?

—Totalmente. Los camareros se retiraron una vez prestado el servicio. Al día siguiente pasarían a recogerlo. Es norma de Arthur Hershey. No quiere extraños durante sus fiestas. En cuanto al servicio doméstico habitual, no pernocta si la señorita Hershey se encuentra en el *bungalow*.

—¿Qué me dices de Susan Kelman y Margaret Stern?

—Dos chicas maravillosas. Margaret es la *star* del Siren Club. Susan es una de las más cotizadas modelos de Chicago. Llevan ya mucho tiempo en la organización. Arthur Hershey las seleccionó para hacer compañía a su hija.

—¿Tienes el sueño ligero, Stephen?

—¡Seguro! ¡Me despertaría la caída de una pluma! Eso es también lo sorprendente.

Secuestraron a Arthur sin el menor ruido.

—¿Quién fue el primero en descubrir la desaparición?

—Yo. Fui el primero en levantarme. Con un fuerte dolor de cabeza. Algo de resaca. La fiesta fue sonada. Pasé la habitación de Arthur Hershey temeroso de una reprimenda. Quiere que se le despierte siempre a una misma hora. A las diez en punto. Y ya eran cerca de las doce.

—¿No funcionó tu despertador?

—Jamás lo utilizo. No lo necesito. Nunca despierto más tarde de las nueve. Es ya una costumbre.

—Excepto ese día.

Stephen Brooks profirió un soez juramento.

Vació el vaso de *whisky*.

—Sí, maldita sea... No sé qué diablos me ocurrió.

—Tal vez demasiado alcohol en la fiesta.

—¡Oh, no!... Sólo un par de copas y la botella de champaña con...

Brooks se interrumpió.

Instintivamente enrojeció mordiéndose el labio inferior.

El detective comprendió que trataba de ocultar algo.

—¿Con quién, Stephen?

—Es... es... un detalle sin importancia. Ajeno por completo al asunto que nos ocupa.

—Eso debo decidirlo yo. En ocasiones, las cosas más insignificantes, resultan de gran valor.

—Es algo privado, Baxter. No le incumbe.

Larry Baxter se encogió de hombros.

Con fingida indiferencia.

—Diré al señor Mulligan que te interrogué sobre el particular.

Stephen Brooks reaccionó tal como esperaba el detective. A su rostro, súbitamente pálido, asomó el miedo. Tartamudeó el hablar.

—No, Baxter..., por favor... Es... es una tontería. Algo sin importancia que no merece...

—Te escucho, Stephen.

Brooks tragó saliva.

Dirigió una suplicante mirada a Baxter, pero éste permaneció impassible.

—¿Me promete no comentar nada con Mulligan? No guarda relación con el secuestro y...

—Tienes mi palabra, Stephen. Tranquilo.

Brooks se dejó caer en uno de los sillones.

—Se... se trata de Margaret Stern...

\* \* \*

Margaret canturreaba por lo bajo un viejo tema de los Beatles. Con voz algo pastosa.

Botellas, platos, bandejas... Todo se amontonaba desordenadamente en las mesas del amplio salón.

Margaret rió alegremente.

Había descubierto lo que buscaba.

En uno de los recipientes del hielo había una botella de champaña sin descorchar. Al apoderarse de ella derribó una de las copas. Al estrellarse contra el suelo turbó el silencio de la casa.

Margaret volvió a reír.

Ya tenía la botella.

Al girar se percató de la súbita aparición de Stephen Brooks. Estaba bajo el umbral. Con una terrorífica «Magnum-44» en su diestra.

La mujer dio un respingo.

—Me has asustado, Stephen... Creí que ya dormían todos...

Brooks fue torpe en reflejos.

Quedó con la boca entreabierta.

A punto de babear.

Margaret había cumplido recientemente los veintisiete años de edad. Estaba en todo su apogeo. Una diosa griega. La imagen viviente de la tentación. Con vestimenta casi inexistente. Un minúsculo dos piezas en tul de nylon blanco que contrastaba seductoramente con su bronceado cuerpo. El opulento busto apenas era controlado por la reducida pieza de tela.

Brooks recuperó el habla.

—¿Qué haces aquí?

—¡Ya lo ves! —rió Margaret alzando la botella de champaña—. No podía dormir. Olvidé mis pastillas, pero creo que esto me ayudará. ¿Te he despertado?

—No... Estaba leyendo un poco...

—¿De veras? Yo he curioseado por la biblioteca, pero no he encontrado nada a mi gusto. Tal vez tú puedas proporcionarme algo ameno.

Brooks sintió el galopar de la sangre por sus venas.

Carraspeó.

La garganta se le había resecado.

—Son publicaciones para hombres, Margaret. Dudo que...

—Quiero verlas —decidió Margaret aferrándose al brazo derecho del turbado Stephen Brooks—. No te importará, ¿verdad? Como último recurso me queda la botella de champaña.

Avanzaron por el corredor.

La puerta de la habitación de Brooks permanecía abierta.

—Oye, Margaret...

—¿Sí?

—Es preferible que esperes aquí.

—¿Me tienes miedo?

—Eres la chica de Mulligan.

—Mulligan no está aquí ahora. ¿Tú piensas decirle algo?

Brooks ya no dudó más. Casi con brusquedad empujó a la mujer hacia el interior de la estancia.

Margaret depositó la botella sobre la mesa.

—¿Puedes conseguir un par de vasos?

—¡Seguro! —rió Brooks nerviosamente abriendo una de los

armarios.

Al llegar con los dos vasos, ya Margaret había descorchado la botella. Derramó el burbujeante líquido en los recipientes.

—¿Qué me recomiendas para leer, Stephen?

Los ojos de Brooks brillaron lujuriosos. No hizo ningún comentario. Fue de nuevo al armario. De uno de los cajones extrajo un maletín.

Retornó junto a Margaret.

Ella le esperaba con las copas de champaña en la mano.

—Brindemos, Stephen... Por nosotros...

Brooks tomó la copa.

La vació de un trago.

Acto seguido, sin más preámbulo, se abalanzó sobre Margaret. Rodeó su cimbreante cintura mientras buscaba ávidamente los labios femeninos. Ella no le esquivó. Sus brazos se enroscaron en el cuello de Brooks atrayéndole contra sí. Aceptando el apasionado beso.

Una voz rompió el idílico momento.

Brooks y Margaret se separaron.

—Es Susan... Me está llamando...

—Corre a ver qué quiere —replicó Brooks con marcado nerviosismo—. ¡Antes de que salga de la habitación!

Margaret abandonó precipitadamente la estancia.

El nerviosismo había hecho presa en Stephen Brooks. Se sirvió otra copa de champaña. Encendió un cigarrillo. Cuando ya estaba a medio consumir, apareció Margaret. Furiosa.

—¡La muy estúpida!... Ha vomitado sobre la almohada. Dice que está enferma, pero lo suyo es una fenomenal borrachera. Quiere que permanezca con ella. Procuraré calmarla antes de que empiece a alborotar.

—Sí... sí... No debe despertar a Hershey ni a su hija.

Brooks volvió a quedar solo.

Cerró la puerta.

Con apesadumbrado rostro contempló la botella de champaña. Con ella bajo el brazo se retiró a dormir.

Larry Baxter esbozó una sonrisa al contemplar el contenido del maletín. Había de todo.

Desde el pueril *sexi-cómic* a la más alucinante publicación «porno» danesa.

Desvió la mirada hacia Brooks.

Éste abrió la mesa de noche. De allí extrajo una botella de champaña. Quedaban unos cinco dedos de líquido.

—Ya me había olvidado de ella... Después de marchar se Margaret tomé unos tragos más y la guardé ahí. Con los acontecimientos de los últimos días descuidé retirarla. ¿Por qué ese interés, Baxter? ¿Para qué quiere la botella?

—No es la botella, sino su contenido.

—¿El champaña?

—Ajá.

Brooks parpadeó.

—¿Por qué? ¿Sospecha que... que Margaret me narcotizó? Eso explicaría el que no escuchara ningún ruido, que despertara más tarde de lo acostumbrado y el dolor de cabeza que...

—Tranquilo, Stephen. No te precipites —recomendó el detective atrapando la botella—. Esto es un secreto entre los dos. Así lo hemos acordado, ¿no?

—Sí... no me gustaría que Mulligan...

—Perfecto. Permanece con la boca cerrada. Si Margaret es culpable, quiero que siga confiada. ¿Dónde has dicho que actúa?

—En el Siren Club.

Larry Baxter sonrió fríamente.

Le haré una visita... Puede que también me invite a champaña.

## CAPÍTULO VI

—¡Eh, señor Baxter!...

Larry Baxter, que ya disponía a introducirse en uno de los elevadores, giró hacia la sala de recepción.

El muchacho que estaba tras el mostrador sonrió maliciosamente.

—Su secretaria le espera en el apartamento.

—¿Natalie? ¿Cómo diablos consiguió entrar?

—Yo le proporcioné el duplicado. No me lo agradezca, señor Baxter. Fue un placer acompañarla. Hice creer que no funcionaban los ascensores, ¿sabe? Cinco pisos por la escalera. Yo iba tras ella. ¡Todavía me bailan los ojos por seguir el movimiento de caderas!

—¿Qué edad tienes, Ralph?

—Quince años, señor Baxter. El detective entornó los ojos.

Ralph, con un rotulador rojo en la mano, se entretenía en dibujar un Bikini a la chica desplegable del *Playboy*.

—Te aconsejo cambies de lectura, muchacho. Lo tuyo son los cómics.

—¿De Little Annie Fanny?

Baxter optó por la retirada.

No haría nada bueno de Ralph.

El elevador le depositó en la planta quinta. A derecha e izquierda un largo y amplio corredor.

Larry Baxter avanzó por el ala izquierda hasta detenerse frente a una de las puertas.

Introdujo la llave en la cerradura.

Ya antes de abrir le llegó la voz de Elton John en su popular *Crocodile rock*.

Baxter penetró en el apartamento.

Natalie estaba en el salón. Tumbada a lo largo del sofá. Se había descalzado. Con los dedos de los pies seguía el trepidante ritmo. En la mesa un vaso acompañado de una botella de ron y otra de cola.

Baxter desconectó el aparato tocadiscos.

—¿Te diviertes, nena?

Natalie, que aún no se había percatado de la entrada del detective, se incorporó de un salto.

Enrojeció como la amapola.

—Hola, Larry... Yo... yo... en recepción me proporcionaron la llave. Como aún era temprano decidí esperarte. Ahora me disponía a redactar el informe proporcionado por Sam Gardner.

—¿De veras? —inquirió Baxter rezumando ironía.

—¿Te has enfadado conmigo? Creí que no te molestaría verme aquí...

Natalie se estaba colocando los zapatos.

Despreocupadamente.

Mostrando con generosidad sus largos y esbeltos muslos. También apareció fugazmente un negro encaje.

Baxter se puso en guardia.

Aquella endiablada muchacha estaba resultando sumamente peligrosa.

—¿Qué ha dicho Sam?

—Poca cosa. La vida de Jacqueline Hershey no ofrece puntos negros. Su madre murió al nacer ella. Eso fue en Nueva York. Su padre, Arthur Hershey, la internó en un colegio de Boston. Hasta los diez años. Se trasladaron a San Francisco. En 1955 Arthur Hershey controlaba gran parte de las salas de juego existentes en la costa californiana, pero dejó todos sus negocios para establecerse en Chicago. Cumpliendo órdenes del sindicato. Jacqueline quedó en California. Se doctoró en Filosofía. Al finalizar la carrera realizó viajes de estudio por Europa. Una vez de regreso a los Estados Unidos adquirió en propiedad la Freed School. Un internado femenino situado en el extrarradio de San Francisco. Lleva como directora un par de años. Sam ase gura haber investigado a fondo. No ha encontrado nada turbio. Jacqueline, por deseos de su padre, permanece al margen de las actividades del sindicato.

Baxter se había llevado un cigarrillo a los labios.

Sin hacer ningún comentario.

—Bien, Natalie. Ya te puedes marchar. Gracias por todo.

—¿Ya has cenado, Larry?

—No.

La joven sonrió.

—Lo suponía. He comprado unos bocadillos. ¿Qué te parece si los tomamos juntos? En tu refrigerador ya he visto unas latas de cerveza. Me apetece una. ¿Y a ti? Voy a por ellas...

Antes de que Baxter pudiera articular palabra alguna, la muchacha ya había desaparecido hacia la cocina. A los pocos minutos regresó portando una bandeja.

El detective, ya resignado, se había despojado de la chaqueta tomando asiento en el sofá.

Los bocadillos resultaron apetitosos.

Terminaron con todos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Larry? —sugirió Natalie limpiando sus carnosos labios con una servilleta. Siguiendo su costumbre no esperó autorización—. ¿Me encuentras atractiva?

Baxter le dirigió una suspicaz mirada.

—Seguro.

—¿Sí? Llevo ya varios meses trabajando para ti, Larry. Es mi primer empleo. Lo acepté con algo de miedo. Algunas compañeras me habían alertado de los peligros. Aseguraban que... que... los jefes suelen besar a sus secretarías.

—¿De veras? —exclamó Baxter con fingido asombro—. Hay mucho canalla suelto por el mundo.

Aquella respuesta enfrió un poco a Natalie, pero no se dio por vencida. Volvió a la carga.

—Tú eres un redomado canalla, Larry. Y sin embargo nunca has intentado besarme. ¿Por qué?

—Escucha con atención, pequeña. Llevo muchos años en mi cochina profesión. El rebuscar entre la basura es peligroso. Sacas a relucir trapos sucios. Y eso no gusta. Surgen complicaciones. Un balazo, un cuchillo en el vientre o, en el mejor de los casos, una buena paliza. Alrededor de una veintena de muchachas han desfilado por mi oficina. Y también ellas me han puesto en dificultades. Decidí terminar con eso. ¿Sabes por qué te seleccioné a ti? Acababas de terminar los estudios, no tenías experiencia y eras una chiquilla. Eso me decidió. Contigo sería distinto. No habría

problemas.

—Ya tengo diecinueve años.

—Habías dicho dieciocho.

—Hoy es mi cumpleaños, Larry. Quise celebrarlo contigo. Puedes darme un beso.

Aunque sólo sea por felicitarme...

Natalie fue más rápida.

Cualquier reacción del detective quedó cortada por aquellos brazos que se enroscaron tras su nuca. Los labios de Natalie se aproximaron. Entreabiertos, húmedos, trémulos...

Y Baxter cayó en las redes.

Unió sus labios a los de Natalie.

Acarició la espalda femenina descendiendo sus manos hasta la estrecha cintura. Sin interrumpir el apasionado beso.

Sólo el súbito e inoportuno timbre del teléfono obligó a Baxter a separarse de la joven.

Con soez maldición alargó la mano derecha para apoderarse del micro depositado sobre la mesa cercana.

—¡Aquí Baxter!

Le llegó una risita de hiena afónica.

—¿Qué ocurre, Larry? ¿He interrumpido algo importante?... Soy Harold. —¿Ya tienes los resultados?

—Has dicho que era urgente, ¿no? El pagar por anticipado me ha conmovido y trabajé de firme. Negativo, Larry.

—¿Cómo?

—Has oído bien, muchacho. La botella sólo contenía champaña. Y de muy buena calidad, pero solamente eso. Champaña. Ni drogas, narcóticos o cualquier otra sustancia ajena.

—¿Estás seguro?

—Hablas con un experto, Larry.

Baxter, después de murmurar unas palabras de despedida, colgó el micro.

Contrariado.

Su única pista había resultado falsa.

—Voy a acompañarte a casa, Natalie.

La muchacha no replicó.

Consciente de que algo preocupaba al detective. Se incorporó del sofá procediendo a echar sobre sus hombros un ligero abrigo.

Larry Baxter consultó la esfera de su reloj de pulsera.

Dejaría a Natalie en su casa y aún llegaría a tiempo de presenciar el pase de atracciones, del Siren Club.

No había desistido en su proyectada visita a Margaret Stern.

\* \* \*

El Siren Club era uno de los más aristocráticos *night-clubs* de Chicago. Emplazado cerca del Seward Park. En el centro de la ciudad.

Larry Baxter correspondió a la sensual sonrisa de la chica del guardarropa.

Pasó al salón.

Todas las mesas de la amplia sala estaban ocupadas. Las parejas se deslizaban por las dos pistas de baile siguiendo el ritmo impuesto por una fastuosa orquesta.

La decoración era lujosa. Clásica. Sin concesiones a lo psicodélico. Aquél era un local para refinados. Sin cabida para melencólicos o *hippies*.

La voz surgió a espaldas del detective.

—¿Visita oficial o de placer?

Larry Baxter giró.

Enfrentándose con John Mulligan. Este lucía un impecable *smoking* color negro en tejido de pura lana virgen.

—Buenas noches, Mulligan. Estoy cambiando impresiones con todos los que pernoctaron aquella noche en el *bungalow*. Le toca el turno a Margaret Stern.

John Mulligan perdió por unos instantes su característico rostro impassible.

—¿Margaret? ¿Qué tiene que ver ella en el asunto? Ella no...

—De nada la estoy acusando —interrumpió Baxter con leve sonrisa—. Quiero conocer todas las versiones. No molestaré mucho a su... chica.

—Le han informado mal, Baxter. Ya no es mi chica. Puede interrogarla, aunque le advierto que está perdiendo el tiempo. Haré que le acompañe... Margaret acaba de actuar.

John Mulligan hizo una seña a una de las muchachas que deambulaban por entre las mesas ofreciendo cajetillas de tabaco y

bombones.

—Acompaña a este caballero hasta el camerino de Margaret.

Larry Baxter siguió a la mujer.

Pasaron al salón contiguo. Más discreto y acogedor. Carente de orquesta. Allí las mesas se alineaban paralelamente al largo mostrador. Separadas entre sí por coquetones biombos.

Al final del mostrador se veía una puerta con el cartel de *Private*. Tras la hoja de madera un espacioso corredor. Al fondo se divisaba parte del entablado de la orquesta. Por allí hacían su aparición al escenario los artistas.

La mujer, después de llamar en una de las puertas del corredor, se despidió de Baxter con una sonrisa cordial.

—¡Adelante! —Autorizó una voz.

El detective hizo girar el picaporte.

La mujer que estaba sentada frente al espejo del tocador arqueó las cejas. Sorprendida por la presencia del desconocido. Muy pocas personas tenían acceso hasta allí.

—¿Quién es usted?

Baxter demoró unos segundos la respuesta.

Stephen Brooks se había quedado corto al describir a Margaret.

Era algo fuera de serie. Espectacular. Máxime con aquella simple malla color carne que se ceñía a su cuerpo con provocativo resultado. Era su única vestimenta, a excepción de las tres margaritas estratégicamente distribuidas. Poco quedaba para la imaginación.

—Soy Larry Baxter.

—Ah... el pesquisa —dijo Margaret con despectivo tono de voz —. Ya me han hablado de ti. ¿Qué quieres? Yo no sé nada ni pude oír nada.

Baxter se acomodó a horcajadas en una de las sillas. Encendió calmosamente un cigarrillo.

—Eso es lo que has dicho a Mulligan, pero yo sé que le has ocultado algunos pequeños detalles.

El rostro de Margaret se ensombreció.

Se puso a la defensiva.

—¿Qué quieres decir?

—Nos intriga mucho que no funcionaran los sistemas de alarma, Margaret. Neutralizarlos desde el exterior resulta complicado. Lo

más lógico es que alguien de la casa los desconectara. Alguien que no podía conciliar el sueño y simulaba buscar una botella de Champaña.

La mujer enrojeció.

Furiosa.

—Ese bastardo de Stephen... Fue él, ¿no? ¿Qué embuste te ha contado? Estaba algo mareada y Stephen me sorprendió en el salón cuando ya me disponía a ir a mi dormitorio. Llevaba una botella de champaña y tomé una copa con Stephen. ¡Eso fue todo!

—Lo sé, nena. Imagino la escena. Tú descorchas la botella y, antes de echar el narcótico, te sirves un vaso. ¿Fue así? ¿O tal vez simulaste beber?

El cambio en el rostro de Margaret fue brusco.

La palidez se apoderó de sus facciones mientras que sus labios iniciaban un convulsivo balbucear.

—No... no sé de qué estás hablando...

Larry Baxter decidió jugar una baza que ya carecía de valor.

Fue como un tiro al azar que, sin embargo, alcanzó de lleno a Margaret Stern.

—He llevado a analizar el contenido de esa botella, Margaret. Mañana tendré los resultados. Se demostrará que tú proporcionaste un narcótico a Stephen.

—¡Eso es mentira!

Baxter se incorporó con premeditada lentitud.

—Mañana saldremos de dudas. Aunque el resultado sea negativo, conversaré con Mulligan. Apuesto a que él sabrá apretaros las clavijas a ti y a Stephen.

El detective se encaminó hacia la puerta.

Margaret se precipitó hacia él reteniéndole por el brazo.

—¡Te lo suplico, Baxter!... ¡No le digas nada a Mulligan! Si guardas silencio te proporcionaré algo de vital importancia... algo que te conducirá hasta Arthur Hershey. —¿Por qué no se lo entregas a Mulligan?

La mujer dudó.

—Pues... no confío en él. Sospecho que es Mulligan quien planeó el secuestro para desembarazarse de Hershey. Quiere ocupar su puesto en el sindicato.

Baxter sacudió la cabeza.

Perplejo por aquella nueva hipótesis.

—No te creo una sola palabra.

—¡Por favor, Baxter!... Esta misma noche te daré la información. En mi apartamento. Dentro de un par de horas. Nos reuniremos cuando termine en el Siren Club. Es el 1133 de Fapps Street, apartamento diez. Dame esa oportunidad y no lo lamentarás.

El detective quedó unos instantes en silencio.

Apartó el cigarrillo de la boca.

—De acuerdo, nena. Dentro de dos horas estaré en tu apartamento.

Baxter abandonó el camerino.

Apenas quedar sola, Margaret se abalanzó sobre el rojo teléfono depositado en una circular mesa.

Discó nerviosamente un número.

También su voz sonó alterada.

—Steve... Soy Margaret... Estoy en dificultades... Tienes que matar a un hombre... a un individuo llamado Larry Baxter...

## CAPÍTULO VII

Desde Fapps Street podía percibirse el pestilente hedor del Chicago River. En aquella zona, el río que atravesaba la ciudad, acrecentaba su nauseabundo grado de contaminación.

Larry Baxter estaba tomando un *brandy* en un local aún abierto al público.

Varias de las máquinas tragaperras del establecimiento tenían el sello de la organización de Arthur Hershey. Habían sido distribuidas por el sindicato. Era uno más de sus lucrativos negocios.

Baxter consultó su reloj.

Era hora de acudir a su cita con Margaret.

Abonó la consumición encaminándose hacia la salida. Le intrigaba el comportamiento de la mujer. Casi aceptaba haber proporcionado un narcótico a Stephen Brooks y, sin embargo, acusaba a Mulligan de planear el secuestro.

Aquel asunto, auténtico rompecabezas, se iba complicando.

Larry Baxter se acomodó al volante de su deportivo «Corvette». Inició la marcha por la solitaria calle. Lo avanzado de la noche contribuía al nulo tráfico.

El vehículo rodaba a poca velocidad.

Baxter divisó el número 1133.

Un edificio de gris fachada ya descolorida por el paso del tiempo.

Se vio obligado a estacionar unas veinte yardas más abajo. Aprovechando el espacio existente entre un «Ford» y un «Mercury». Descendió del auto.

Y apenas pisar el asfalto sonó el disparo.

Una seca y tenue detonación.

Como el descorchar de una botella de licor.

Larry Baxter ni tan siquiera llegó a oír el disparo, pero sí percibió el siniestro silbar de la bala rozando su sien izquierda.

El detective se llevó ambas manos a la cabeza saltando hacia atrás. Se dejó caer al suelo, rodando hacia la calzada donde se alineaban los estacionados vehículos.

Quedó inmóvil.

Junto a los neumáticos delanteros de un «Pontiac».

Una sombra surgió del edificio 1133 de Fapps Street.

Avanzó lentamente hacia el caído.

Larry Baxter continuó inmóvil. Al menos aparentemente, pero lo cierto es que su diestra se había deslizado en busca del revólver. Ya acariciaba la pavonada culata.

La sombra se detuvo.

Bruscamente.

A unas cinco yardas de Baxter.

Algo le hizo sospechar que la inmovilidad del detective era fingida. Decidió rematar su obra. El cilíndrico cañón de una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado brilló fugazmente.

No llegó a funcionar.

Larry Baxter, de bruces sobre el húmedo asfalto, extendió su brazo derecho. El disparo de su revólver sí resonó con estruendo.

La sombra se dobló profiriendo un ronco estertor. La «Super-Star» cayó al suelo. Y acto seguido su propietario.

Baxter se incorporó sin precaución alguna.

El sí estaba seguro de la eficacia de su disparo.

Dio la vuelta al cuerpo que yacía inerte. Del negruzco orificio de su frente, entre ceja y ceja, manaba un hilillo de sangre.

Era un individuo joven. De unos treinta o treinta y cinco años de edad. Pelo rojizo y rostro aniñado.

Larry Baxter le registró los bolsillos hasta apoderarse de su billetera. No permaneció más tiempo en la calle. A grandes zancadas se introdujo en el edificio de gris fachada.

No utilizó el ascensor.

Subió los escalones, de dos en dos. En su diestra aún quemaba el revólver. En las facciones del detective una dura mueca. Consciente de que sólo Margaret pudo haber provocado aquel atentado.

Llegó al apartamento diez.

No fue necesario forzar la puerta.

La hoja de madera aparecía entreabierta.

Larry Baxter penetró en la vivienda.

El *living* iluminado. También una de las habitaciones del corredor. Hacia allí encaminó sus pasos.

La estancia correspondía a uno de los dormitorios. Decoración futurista. Con profusión de pósters y adornos *hippies*.

Baxter quedó rígido bajo el umbral.

Sin atreverse a entrar.

Sus anteriores deseos de abofetear a Margaret desaparecieron.

Ya no era necesario.

Margaret Stern estaba muerta.

Yacía en el lecho. Con un sucinto *déshabillé* muy transparente. Junto a ella una cajetilla del mentolado «Newport» y el último *best-seller* de Harold Robbins.

El rostro de la mujer no reflejaba emoción alguna.

Como si la muerte le hubiera llegado placenteramente.

Y no era así.

La muerte fue violenta. Un brutal tajo seccionaba su yugular inclinando grotescamente su cabeza sobre la almohada. Apenas unida al tronco. La sangre todavía manaba a borbotones.

Roja.

Caliente.

Viscosa...

Casi podía palparse la presencia del asesino. La muerte de Margaret era muy reciente.

Larry Baxter, inmóvil bajo el umbral, reaccionó al oír el lejano ulular de una sirena.

Algún vecino, alarmado por los disparos, habría dado aviso a la policía.

El detective abandonó precipitadamente el apartamento.

No quería tratos con la policía.

Llegó jadeante a la calzada, pero prosiguió su desenfrenada carrera en dirección al estacionado «Corvette».

Saltó por encima del cadáver del individuo.

El motor del auto rugió sobre el asfalto antes de emprender veloz marcha. Con el pedal del gas a fondo.

Llegando al final de Fapps Street, en su cruce con la longitudinal Carson Avenue, divisó el auto de la policía.

Larry Baxter, para evitar sospechas, moderó la velocidad del «Corvette».

Aquello le permitió ver a uno de los individuos que iban en el asiento delantero del coche patrulla.

El teniente Loewe.

Baxter palideció.

Convencido de que el teniente Loewe también había reparado en él.

## CAPÍTULO VIII

Un radiante sol se esforzaba en competir con el espeso *smog* que cubría la ciudad. Lo conseguía en parte, aunque sus rayos llegaban ya algo turbios y débiles.

Aquello no parecía importar a Jacqueline.

Junto a la piscina del *bungalow* se veía un juego de muebles plegables fabricados con tubos de aluminio, tapizados en cretona estampada y acolchados con láminas de espuma de poliuretano.

Jacqueline estaba tumbada sobre una de las colchonetas.

De bruces.

Luciendo un maillot Bikini en tejido de Licra. Con la piel brillante por la crema bronceadora. La pieza superior sin ajustar. Permitiendo que el sol acariciara ñor completo su espalda.

Larry Baxter había dejado su auto en el *.parking* paralelo al invernadero. Sus pisadas por el asfaltado sendero hicieron incorporarse a Jacqueline.

El detective, que esperaba y deseaba aquel movimiento, sufrió una decepción.

La pieza superior del bikini no cayó.

Quedó acoplada a los erectos senos.

—¡Buenos días, Larry! —saludó Jacqueline jovial.

—No muy buenos.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?...

Baxter se acomodó en una de las sillas del jardín. Había echado un superficial vistazo al *Chicago Tribune*, al *Sun Times and News* y demás periódicos de la ciudad. El cierre de edición no había alcanzado lo sucedido en Fapps Street.

Forzó una sonrisa.

—Olvídalo. Yo soy así de pesimista. ¿Hay alguna noticia de los

secuestradores?

La muchacha denegó con un movimiento de cabeza.

—Lo ignoro. Supongo que se pondrán en contacto con John Mulligan. Es él quien debe pagar los dos millones de dólares.

—Hay algo turbio en todo este asunto, Jacqueline. Algo más que un simple secuestro. Lo intuyo. Y mi instinto jamás me engaña. La desaparición de tu padre es demasiado perfecta.

—¿Qué insinúas?

—El que no funcionaran los sistemas de alarma y que todo se desarrollara en el mayor de los silencios, resulta sospechoso. También el hecho de que los secuestradores conocieran la existencia de ese diario.

—Comprendo. Tratas de decir que mi padre planeó su propio secuestro.

—Ésa es la opinión de Mulligan.

—John Mulligan ambiciona el puesto de mi padre. Desde que sufrió el atentado porfió para que la organización no cediera a ser dirigida por un inválido; pero fracasó. Mi padre demostró que, incluso desde una silla de ruedas, era el más capacitado.

—El sindicato cambió de idea, Jacqueline. Tu padre iba a ser destituido y reemplazado por Mulligan. ¿No te dijo nada de eso?

La joven palideció.

A sus ojos asomó un incrédulo brillo.

—No... ¡Oh, Dios mío!... ¡Ya no sé qué pensar!... ¿Crees que... que mi padre?... El jamás traicionaría a la organización. Sería como firmar su propia sentencia de muerte. Conoce sobradamente los métodos del sindicato. No descansarían hasta darle caza.

Un «Buick» negro cruzó la verja de entrada. No acudió al *parking*, sino que estacionó frente al porche del *bungalow*. John Mulligan descendió del vehículo.

Al descubrir la presencia de Baxter y Jacqueline, avanzó hacia la piscina. Pese a lo inexpresivo de su rostro, parecía nervioso y alterado.

—Hola, Jacqueline... Señor Baxter..., ¿cómo siguen sus investigaciones?

—Algo he prosperado.

—¿De veras? ¿Tal vez después de su conversación con Margaret? Larry Baxter encajó el golpe.

No se dejó sorprender. Su respuesta fue acompañada de la más inocente de las sonrisas.

—¿Margaret? ¡Oh, no!... Estaba en lo cierto, Mulligan. Era perder el tiempo. No saqué nada en limpio.

—Le aconsejo consulte los vespertinos de hoy. Margaret Stern ha aparecido asesinada en su apartamento. Degollada.

—¡Dios mío! —exclamó Jacqueline llevándose ambas manos a los labios.

Baxter simuló asombro.

—¿Se sabe algo del asesino?

John Mulligan dirigió una penetrante mirada al detective.

Inquisitiva.

Como si quisiera leer sus pensamientos.

—Después de su conversación con Margaret, ella se mostró muy nerviosa. Solicitó permiso para abandonar el Siren Club. Argumentando una fuerte jaqueca. Horas más tarde la policía descubriría su cadáver. Unos vecinos denunciaran haber oído unos disparos.

—¿No ha dicho que fue degollada?

—Los disparos ocurrieron en Fapps Street. Un individuo resultó muerto. Steve Burnett. Un viejo amigo de Margaret. Se conocieron hace años en San Francisco. El tal Burnett trabajó como barman en el Siren Club.

Su amor por Margaret ocasionaba altercados y fue despedido hace ya varios meses.

—¿Esas muertes pueden guardar relación con el secuestro de mi padre?

Mulligan sonrió.

Marcadamente irónico.

—No lo sé, pequeña. Según la versión de la policía se trata de un crimen pasional. El clásico triángulo amoroso. Margaret, Burnett y otro individuo. El asesino. He hablado con el teniente Loewe. Es un buen amigo. Lleva el caso con su peculiar estilo. Ya sospecha la identidad del asesino.

Los ojos de Mulligan, fijos ahora en el detective, acentuaron su sarcasmo. Sus palabras parecían ir dedicadas especialmente a Baxter.

—Vio al asesino huir en un auto. Un «Chevrolet» modelo

«Corvette».

Larry Baxter se esforzó en aparentar una indiferencia que estaba muy lejos sentir.

Sonrió.

—¿Un «Corvette»?... Qué casualidad... Yo tengo ese tipo de auto.

Antes de que John Mulligan añadiera algún otro comentario, surgió una potente voz desde el porche.

Era Stephen Brooks.

—¡Señor Mulligan!... ¡Una llamada urgente!

—Disculpen...

Mulligan penetró en el *bungalow*.

Su ausencia se prolongó durante unos cinco minutos. Cuando retornó nuevamente al jardín, su rostro semejava una máscara de cera.

Fijó alternativamente su mirada en Jacqueline y Baxter.

Sonrió en forzada mueca.

—Parece que el asunto toca a su fin. Esa llamada era de los secuestradores. Quieren hoy mismo los dos millones de dólares. Resulta curiosa una de las condiciones...

—¿Cuál? —interrogó Jacqueline con voz apenas audible, temblorosa por la emoción.

—Debe ser Larry Baxter, solamente él, quien lleve el dinero.

\* \* \*

El negro maletín estaba sobre la mesa escritorio de la biblioteca. Abierto.

En su interior, cuidadosamente alineados, se agrupaban los gruesos fajos de billetes.

Dos millones de dólares.

Baxter entornó los ojos.

Deslumbrado por aquel bello espectáculo.

—Billetes usados, Baxter —comentó Mulligan encendiendo un aromático cigarrillo turco—. Fue una de las condiciones. ¿No le sorprende que le hayan designado como mensajero?

—No. Supongo que yo seré para ellos un hueso fácil de roer. Preferible a cualquier miembro de la organización. De ahí que me

hayan elegido.

Mulligan sonrió fríamente.

Cerró el maletín.

—No se saldrán con la suya. Nadie ha conseguido burlar impunemente al... a la organización. Arthur Hershey ya ha cometido muchos errores.

—¿Sigue opinando que es él quien planeó todo?

—Por supuesto. Arthur en complot con alguien muy vinculado a la organización. He sometido a Stephen Brooks a una estrecha vigilancia. Llevaba mucho tiempo al servicio exclusivo de Arthur. Tal vez se dejó convencer y, por un buen puñado de dólares, colaboró con Arthur para traicionar a la organización. Le vamos a someter a un especial «tercer grado».

Baxter no pudo evitar un leve escalofrío.

No daba un centavo por la piel de Brooks.

—¿Le resultó familiar la voz del comunicante?

John Mulligan sopló haciendo caer la nívea ceniza del cigarrillo. Denegó con un repetido movimiento de cabeza.

—Era una voz femenina. No me resultó conocida.

—De no haber estado Jacqueline en el jardín en el momento de la llamada, hubiera resultado la sospechosa ideal.

—Se equivoca, Baxter. Ya Je he dicho que Arthur jamás haría intervenir a su hija en tan feo asunto. Conoce nuestros métodos y no arriesgaría la vida de Jacqueline. Aquí tiene el maletín. Con los dos millones de dólares exigidos. Los... secuestradores ya se pondrán en contacto con usted. Al menos eso me comunicaron.

Larry Baxter continuó sentado.

Saboreando un seco martini.

—¿Así de sencillo?

—Mis hombres se ocuparán del resto.

—Comprendo. Yo debo limitarme a ser el hombre de paja.

—Oiga, Baxter... Esa voz femenina impuso sus condiciones. Dos millones de dólares en billetes usados. El portador de ellos debía ser Larry Baxter. Solo. Se pondrán en contacto con usted. Ignoro cómo y cuándo. Debe realizar vida normal.

—¿Cuántos sabuesos ha designado para seguirme?

Mulligan sonrió.

—Los suficientes. Puede ir tranquilo. Son profesionales. Ni usted

mismo sabrá que le siguen. Cuando vaya a efectuarse el intercambio, caeremos sobre ellos.

—¿Y si Arthur Hershey no fuera culpable? La aparición de sus hombres significaría su muerte. Los secuestradores acabarían con él.

—Y nosotros con ellos. Nos interesa el diario de Arthur.

El detective endureció sus facciones.

—¿Sólo eso?

John Mulligan aplastó el cigarrillo en un artístico cenicero de bronce. Al despojarse de sus ahumadas gafas, unos diminutos ojos quedaron fijos en Larry Baxter.

—Es usted un hombre inteligente, Baxter; aunque con la fea virtud de la honradez. No obstante *ha*, aceptado trabajar para lo que considera ser el Sindicato del Crimen. Entonces... ¿por qué se sorprende de nuestros métodos? Sí, es cierto. Nos interesa el diario. Únicamente eso.

—Aunque Hershey no haya traicionado a la organización, su vida poco importa.

—Correcto.

—Mientras no se demuestre lo contrario, Arthur Hershey ha sido secuestrado. Y estos dos millones de dólares son el rescate por su vida. Ése es mi principal objetivo. Salvar a Hershey. El diario es secundario, aunque espero conseguir ambas cosas.

—Me parece muy bien, Baxter... Cumpla con su trabajo.

Larry Baxter atrapó el maletín.

Se enfrentó a la fría mirada de Mulligan.

—Advierta a sus sabuesos que permanezcan con los ojos muy abiertos. No les será fácil seguirme.

—¿Piensa esquivarles?

—Sólo deseo proteger la vida de Arthur Hershey.

—Únicamente la prolongará.

Baxter, que ya se encaminaba hacia la puerta, se detuvo girando sobre sus talones.

—¿Qué quiere decir?

Mulligan volvió a acoplarse las negras gafas.

Acentuando así su inexpresivo rostro.

—La organización no perdona ciertas acciones... He hablado con algunos de los máximos dirigentes en una reunión de urgencia. Se acordó reunir los dos millones de dólares y... castigar a Arthur

Hershey por su imprudencia al llevar tan comprometedor diario.

Larry Baxter no formuló ninguna otra pregunta ni añadió comentario alguno.

No eran necesarios.

Mulligan se había explicado con suficiente claridad.

El Sindicato del Crimen había sentenciado a Arthur Hershey.

## CAPÍTULO IX

Larry Baxter dirigió una superficial mirada al jardín. Ya con la mano derecha sobre la portezuela de su «Corvette».

—¿Dónde está Jacqueline?

—Marchó apenas recibirse la llamada de los secuestradores. Está angustiada por lo que pueda ocurrirte a su padre.

El detective estuvo tentado de aconsejar a Stephen Brooks que se preocupara por su propia suerte.

Se acomodó frente al volante.

—Oye, Stephen... Me gustaría hablar con Susan Kelman. ¿Dónde puedo localizarla?

Brooks consultó su reloj.

—Ahora ya estará en Clavell Alta Costura. Un importante establecimiento de modas emplazado en Hurón Street.

—Gracias, Stephen.

Baxter realizó las maniobras necesarias para salir del *parking* y enfilar el asfaltado sendero.

La enrejada puerta estaba abierta.

El «Corvette» abandonó el *bungalow* para acto seguido rodar por Freys Boulevard. Larry Baxter fijó momentáneamente sus ojos en el espejo retrovisor. Nadie parecía seguirle. La persecución se iniciaría, sin duda, desde cualquier punto de Chicago.

El sindicato disponía de medios suficientes para controlar todas las zonas de la ciudad. Desvió la mirada hacia el asiento contiguo.

Allí estaba el maletín.

Conteniendo dos millones de dólares.

En todo aquel asunto sospechaba algo extraño. Desconcertante. Diabólico... ¿Por qué los secuestradores le habían elegido para la entrega del dinero? ¿Existía en realidad un secuestro? ¿Quién era el

cerebro creador de todo aquello? ¿Arthur Hershey? ¿El propio Mulligan?...

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

Sólo una cosa parecía cierta.

La complicidad de Margaret Stern.

Lo demostraba el hecho de su muerte. Una pieza más que añadir a aquel complicado rompecabezas.

El auto ya circulaba paralelamente al monumental Lincoln Park. En dirección a la North Avenue.

Larry Baxter detuvo el vehículo en Beir Street.

No le importó dejarlo en doble fila. Atrapó el maletín introduciéndose en uno de los edificios. Retornó a los pocos minutos. Sin el valioso maletín. Había quedado en una de las cajas de seguridad de la agencia de depósitos.

El detective, una vez de nuevo al volante de su «Corvette», respiró con fuerza.

Más tranquilo.

Pasear por Chicago portando un maletín de dos millones de dólares resultaba inquietante aun para los templados nervios de Baxter.

El auto reanudó la marcha.

Ahora en dirección a la populosa Hurón Street. El recorrido se prolongó acusando el intenso tráfico.

Baxter estacionó en las proximidades a la Holy Name Cathedral. Aprovechando un espacio que, de seguro, no encontraría en Hurón Street.

Caminó con un cigarrillo en los labios.

Minutos más tarde divisaba el acristalado edificio comercial donde se encontraba instalada la Clavell Alta Costura.

Uno de los múltiples elevadores le depositó en las oficinas.

Aqué! era otro de los saneados negocios del Sindicato del Crimen. Otra de las fachadas. La bella recepcionista dedicó a Baxter una cordial sonrisa.

—¿En qué puedo servirle?

—Quisiera hablar con Susan Kelman.

—La señorita Kelman no se ha presentado hoy al trabajo.

—¿Me puede proporcionar su domicilio?

La mujer continuó sonriendo, pero ya con menos entusiasmo.

—Lo lamento, señor. No es norma facilitar datos personales de nuestros modelos. Si desea dejar alguna nota se la haremos llegar a la señorita Kelman.

—Soy Larry Baxter. Le ruego telefonee a Mulligan. El le dirá que sí puede proporcionarme todos cuantos datos solicite.

La recepcionista dudó unos instantes.

Terminó por abandonar el mostrador para introducirse tras una puerta semividriera. Reapareció a los pocos segundos. La sonrisa ya se había borrado definitivamente de su rostro.

—El 775 de Klein Road, Barrio Long.

—Gracias.

—Señor Baxter...

—¿Sí?

—Llevo los últimos cuarenta minutos telefoneando al apartamento de Susan. Sin obtener respuesta. Sin duda se ha tomado el día libre. No la encontrará en el apartamento.

Larry Baxter no hizo ningún comentario.

Abandonó el edificio.

Con presuroso paso fue en busca de su «Corvette».

Un negro presentimiento se había apoderado de la mente de Baxter. Si Margaret estaba involucrada en el secuestro, también su compañera Susan. Ambas realizaron aquella farsa en el *bungalow* para engatusar al incauto Stephen Brooks.

Margaret ya era cadáver.

¿Estaría también Susan, junto a su compañera, en el Más Allá?

\* \* \*

Consultó la placa indicadora.

Allí figuraba el nombre de Susan Kelman. Cuarta planta, apartamento número 7-A.

Larry Baxter se introdujo en uno de los elevadores pulsando el mando correspondiente al cuarto piso. Al salir de la cabina se hizo a un lado para permitir el paso de dos mujeres de avanzada edad.

El detective se adentró por el corredor de la izquierda hasta detenerse frente al apartamento buscado.

Pulsó el llamador.

Después de unos segundos, y al no recibir respuesta, volvió a presionar el timbre.

Con igual resultado.

Baxter no dudó. Aun sabiendo el riesgo que aquello implicaba. Por allanamiento de morada podían retirarle la licencia a perpetuidad.

Dirigió una mirada a izquierda y derecha.

El corredor estaba desierto.

De uno de los bolsillos de la chaqueta extrajo un diminuto juego de llaves. Fue cuestión de segundos. Al tercer intento, la puerta cedió mansamente.

Larry Baxter penetró en el apartamento cerrando tras de sí.

El *living* comunicaba directamente con el salón-comedor. El apartamento era reducido. Dos habitaciones más y la cocina.

Comenzó el registro.

Llegó a uno de los dormitorios.

La cama aún estaba por hacer. Sobre la alfombra unos *pantys*, una falda, un jersey, los zapatos... Todo desordenado.

La puerta del cuarto de aseo abierta.

Baxter se encaminó hacia allí.

Ya antes de entrar descubrió el cadáver reflejado en el circular espejo.

Susan reposaba en el interior de la bañera. El agua tenía un macabro tinte rojizo. Dos orificios en el seno izquierdo de la mujer. Su rostro no reflejaba miedo. Únicamente sorpresa. Un indescriptible asombro y estupor que aún se leía en sus desorbitados ojos.

En el suelo una fina bata junto con un sujetador y un *slip* en negro. Sobre el borde de la bañera se veía un cenicero de cristal repleto de colillas.

El detective inspeccionó todo aquello detenidamente.

En especial el cenicero.

Todas las boquillas eran de una misma marca de cigarrillos. «Winston». Sólo una de ellas destacaba de entre las demás. En una de las colillas aparecía una leve mancha de lápiz de labios.

Larry Baxter retrocedió.

Con la mirada fija en el cadáver de la infortunada mujer. Al igual que Margaret, no sospechó las intenciones de su asesino.

Fumó con él varios cigarrillos. Confiada. Mientras tomaba un baño. Ignorando que iba a ser el último. Que aquella bañera sería su ataúd.

Baxter, con un nudo en la garganta, pasó al dormitorio.

No se había acostumbrado a aquello. Pese a sus largos años de profesión. No era agradable la muerte. Y menos en mujeres bonitas.

No.

No resultaba agradable ver a diosas de la belleza desdibujadas por la fría mano de la muerte.

El detective reparó en el teléfono situado sobre la mesa de noche. Junto al aparato una pequeña agenda. Abierta por una de sus páginas. Allí figuraba un nombre, un domicilio y un número de teléfono.

El correspondiente al *bungalow* de Arthur Hershey.

Desde allí se había llamado a Mulligan solicitando los dos millones de dólares. La voz femenina pertenecía a Susan.

Larry atrapó el micro no sin antes temar la precaución de protegerlo con su pañuelo. Discó un número.

La voz de Natalie le llegó nítida.

—Despacho de Larry Baxter.

—Hola, Natalie.

—¡Larry...! ¿Dónde estás? ¡Llevo toda la mañana tratando de...!

—¿Alguna novedad? —interrumpió el detective—. ¿Alguna llamada telefónica para mí?

—No, Larry, nadie ha llamado; pero sí está aquí Jacqueline Hershey. Lleva esperando más de una hora. Quiere hablar contigo.

Baxter quedó unos instantes en silencio.

Sospechando que Jacqueline desearía estar con él para cuando los secuestradores iniciaran el contacto.

Consultó el reloj.

—Ahora tengo una cita con Harold. Dile a Jacqueline que se reúna conmigo en el *snack* Sommer. Le indicas el lugar. Dentro de... una hora. ¿De acuerdo?

—Sí, Larry. Oye..., ¿puedo hacer algo más? ¿Puedo ayudarte? Si estás en dificultades quisiera compartirlas.

Baxter esbozó una sonrisa.

—No es necesario, Natalie.

—Soy tu secretaria.

—Lo sé, pequeña..., pero el sueldo que te pago no te obliga a arriesgar el pellejo. Ya es suficiente con el mío.

La voz de Natalie sonó angustiada.

—Larry..., ¿estás en peligro?

Baxter colgó el auricular.

A sus labios asomó ahora una amarga sonrisa. Si salía con bien de todo aquello, quedaba el teniente Loewe. Las dos mujeres que le vieron salir del elevador darían su descripción al descubrirse el asesinato de Susan.

¿En peligro?

Nadie daría cinco centavos por la vida de Larry Baxter.

## CAPÍTULO X

El hombre llevaba una descolorida gabardina. Bastante sucia en los puños. A su poco favorecedora vestimenta añadía en su rostro una barba de varios días. Movía las mandíbulas saboreando una pastilla de *chewing-gum*.

Accionaba los pulsadores de la máquina tragaperras con verdadero entusiasmo. La última bola del juego bajó con endiablada rapidez. Sin apenas contabilizar en el marcador.

—Sólo te han faltado cincuenta mil puntos, Harold.

El individuo, que ya se disponía a introducir otra moneda de diez centavos,ladeó la cabeza.

—Hola, Larry... No te había visto.

Baxter bebió a pequeños sorbos el *whisky*.

Sonrió.

—Eres un embustero. Apuesto a que me has visto entrar. Llevo ya unos minutos en el mostrador.

—Esperaba que acudieras tú. En ocasiones resulto inoportuno. Soy la discreción personificada.

—¿Tienes el informe?

—Por supuesto. El tal Steve Burnett nació en San Francisco. De modesta familia. Su infancia fue triste. Habitaba en una de esas zonas destinadas a los chiclanos. Ya sabes lo que eso significa, ¿verdad? Desempeñó infinidad de oficios y ninguno le sacó de la miseria. También estuvo en Vietnam, pero sin suerte. Regresó con vida.

»Hace aproximadamente unos cuatro años se estableció en Chicago. Su antigua novia, Margaret Stern, le hizo llamar. Le proporcionó un empleo en el Siren Club. Últimamente estaba sin trabajo, aunque disponía de un buen apartamento y nada le faltaba.

Margaret corría con sus gastos. He destruido la billetera que me proporcionaste. Lo hice al leer la noticia de su muerte.

Larry Baxter asintió, aprobando la decisión.

—¿Cuándo inició sus relaciones con Margaret Stern?

—Puede decirse que se remontan a la infancia. Margaret y Steve Burnett crecieron juntos en San Francisco. Cuando Burnett regresó de Vietnam descubrió el brusco cambio efectuado en la muchacha. Margaret nadaba en la abundancia. Había caído en las garras del sindicato. Arthur Hershey la utilizaba como reclamo en sus salas de juego. Aquello solo fue el principio. Margaret, poco a poco, se fue hundiendo en el fango. Cuando el Sindicato del Crimen decidió que Hershey se hiciera cargo de la sucursal de Chicago, Margaret también se trasladó hasta aquí. Gozaba de la confianza de Hershey. Margaret y otra muchacha parecían ser sus favoritas.

—Susan Kelman.

Harold rió por lo bajo.

—Correcto, Larry. Chico listo. En efecto..., Margaret Stern y Susan Kelman, que habían colaborado eficazmente con Arthur Hershey, recibieron su recompensa. Aquí, en Chicago, ocuparon altos cargos dentro de la organización. La buena estrella de Margaret pareció eclipsarse ayer.

—También la de Susan.

Harold agrandó los ojos.

—¿La han...?

—Sí, Harold.

—¡Infiernos...! ¡Yo creía estar investigando algo sin importancia!

—Una última pregunta, Harold. Steve Burnett ya no trabajaba en el Siren Club, pero eso no significa que dejara de pertenecer al sindicato. Tal vez seguía cumpliendo sus órdenes.

—No. Puedo asegurarlo, Larry. Burnett siempre fue un simple empleado. Ajeno a los turbios negocios de la organización. Lo suyo era servir las mesas en el Siren Club y babear por Margaret. — Intentó matarme, Harold.

—Apuesto a que no cumplía órdenes del sindicato, sino de Margaret. Por ella era capaz de cualquier cosa.

Baxter quedó en silencio.

Sí.

Aquello encajaba.

Margaret, asustada por el interrogatorio del detective, decidió dar aviso a Steve Burnett. Con la orden de eliminar a Baxter.

—Ya he terminado, Larry.

—¿Cómo...? Ah, sí...

Baxter extrajo un fajo de billetes que tendió al individuo. Éste los hizo desaparecer con rapidez. Sin tan siquiera dirigirles una mirada. Sabedor de la generosidad del detective.

—Hasta otro día, Larry. Y... suerte. Me temo que la vas a necesitar.

Harold abandonó el *snack*.

Larry Baxter aún permaneció unos minutos junto a la máquina tragaperras. Lentamente se aproximó al mostrador acomodándose en uno de los taburetes. Solicitó otro *whisky*.

Mientras le era servido encendió un cigarrillo.

Algunas piezas del rompecabezas habían encajado.

Empezaba a comprender.

Vació el segundo vaso de *whisky* y un nuevo cigarrillo comenzó a humear en sus labios. Dirigió una fugaz mirada al reloj que adornaba una de las paredes del local.

Jacqueline no era puntual.

Ya se retrasaba en quince minutos.

Fue entonces cuando uno de los camareros del *snack* empezó a vociferar el nombre del detective.

—¡Señor Baxter...! ¡Llaman al señor Baxter...!

Larry Baxter saltó del taburete avanzando hacia el empleado.

—Yo soy.

—Una llamada telefónica, señor. Le hemos pasado la comunicación a la última cabina.

—Gracias.

Al fondo del local, junto a la puerta de servicio, se alineaban las tres cabinas telefónicas. Baxter se introdujo en la indicada, atrapando el auricular.

—Baxter al habla.

—Larry...

La voz femenina era un ahogado susurro apellas audible.

—¿Quién es...? ¿Jacqueline?

—Sí, Larry... Yo... Oh, Dios mío... Un hombre me obligó a

acompañarle... Me esperaban a la salida de tu oficina... Ahora me está apuntando con una pistola... Yo no...

Un sollozo quebró la voz de la muchacha.

Baxter apretó con fuerza el auricular.

—Tranquilízate, Jacqueline. Es a mí a quien quieren. ¿Está ahí tu padre?

—Sí, Larry... Se encuentra bien. No le han hecho ningún daño. Nada pasará si te presentas con los dos millones de dólares. Debes acudir solo. Si..., si ven a algunos de los hombres de Mulligan, mi padre y yo pagaremos las consecuencias.

—Conseguiré burlarles, Jacqueline.

—Cambia de maletín y de auto.

Baxter arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Mulligan ha hecho instalar un transmisor en tu auto. Y otro en el maletín. Así puede localizarte en cualquier momento.

—Lo tendré en cuenta. ¿Adónde debo acudir?

—Tienes que tomar la comarcal que conduce a Joycesville. A unas diez millas existe una bifurcación..., un sendero que lleva al Meric Motel.

—¿Es ahí? ¿En un motel?

—Está totalmente abandonado, Larry. Lleva años declarado en ruinas.

Baxter sonrió duramente.

—Un buen escondite... Pronto estaré ahí, Jacqueline. ¿Cuántos son los secuestradores?

—Aquí hay un solo hombre y está en...

Súbitamente se cortó la comunicación.

Larry Baxter comprendió que no habían permitido a la muchacha continuar hablando.

Aunque ya no era necesario.

Baxter ya tenía solucionado aquel maldito rompecabezas.

\* \* \*

Natalie abandonó la agencia de depósitos, portando en su diestra una voluminosa bolsa de deportes.

Con despreocupado andar cruzó la calzada para introducirse en

un viejo «Ford Mustang».

El auto inició la marcha desviándose por la primera de las bocacalles. Cuatro manzanas más abajo, aminoró la velocidad. Sin llegar a detenerse. Lo suficiente para que Baxter abriera precipitadamente la portezuela acomodándose en el interior del vehículo. Sonrió a la pálida joven.

—Magnífico, pequeña.

—¡Dios mío, Larry...! Aquel maletín contenía infinidad de dinero. ¡Más del millón de dólares!

—Dos millones. Dejaste el maletín en la agencia, ¿verdad?

—Sí, Larry. En esa bolsa está el dinero. Tenías razón. Vi a un par de individuos sospechosos dentro de un «Lincoln». Mantenían fija la mirada en la puerta de la agencia.

—Me están esperando. Vas a bajar en el primer semáforo, Natalie.

—¿No puedo ir contigo, Larry? ¡El auto es mío!

Baxter sonrió.

—Te lo devolveré sin un rasguño. En cuanto a acompañarme..., ¿olvidas que tienes otra misión que cumplir?

La muchacha ya había detenido el auto ante uno de los postes de tráfico.

—Larry, yo...

Baxter no la dejó hablar.

Cerró la boca de Natalie con un beso.

Muy largo.

Natalie casi quedó sin respiración.

Cuando pudo reaccionar ya estaba fuera del vehículo.

—No olvides mis instrucciones, Natalie. ¡Y síguelas al pie de la letra!

—¡Larry...!

El detective había pisado a fondo el pedal del gas.

Ajeno a la llamada de la joven.

La comarcal que comunicaba con Joycesville nacía al oeste de Chicago. El abandonar el casco urbano de la ciudad le llevó más tiempo que recorrer las diez millas de la carretera.

Descubrió la bifurcación mencionada por Jacqueline.

También había un letrero, semiborrado por dos grandes trazos de tinta roja, indicando el Merle Motel.

Larry Baxter giró el volante adentrándose por el ancho sendero. Tortuoso. Sin asfaltar. Los árboles se inclinaban sobre el camino dificultando la marcha del vehículo, señal inequívoca del abandono en que se encontraba el viejo motel.

Recorriendo uñas trescientas yardas divisó el establecimiento.

Los apartamentos se agrupaban formando un semicírculo. Envolviendo una amplia explanada destinada a aparcamiento.

Un «Buick Riviera» se hallaba estacionado frente a la caseta de recepción.

Baxter también detuvo allí su auto.

Descendió con la valija en su mano izquierda.

Quedó unos instantes inmóvil.

Todo era silencio.

Un sepulcral silencio acentuado por las fantasmagóricas sombras de los árboles que circundaban el motel. El sol ya se había ocultado y pronto aparecerían las tinieblas de la noche.

Larry Baxter penetró en el motel.

No había nadie. Sólo una lustrosa rata, asustada por la visita, escapó a lo largo del mostrador para saltar hacia la inusitada centralilla de teléfonos.

El detective retomó al porche.

Y fue entonces cuando vio iluminarse uno de los apartamentos.

Avanzó hacia allí.

Sin miedo.

Consciente de que nada le harían hasta comprobar el contenido de la bolsa.

Empujó la puerta del apartamento.

Allí estaba Jacqueline.

Sonriente.

Con una «German-Luger» en su diestra.

El cañón del arma apuntaba a la cabeza de Larry Baxter.

## CAPÍTULO XI

—Adelante, Larry...

Baxter penetró en el *bungalow*.

Con fría sonrisa.

Dirigió una superficial mirada por la estancia. Un pequeño salón que precedía al dormitorio. Iluminado por un potente quinqué de gas. Sobre la mesa se veía un grueso cuaderno. El diario de Arthur Hershey.

—No pareces muy sorprendido, Larry.

—No lo estoy, pequeña víbora. No has logrado engañarme con tu farsa telefónica. —¿De veras?— rió Jacqueline despectiva. —¿Y qué haces aquí? Has acudido con el dinero. Solo. Apuesto a que has burlado bien a los sabuesos de Mulligan. Deja la bolsa en el suelo y empújala con el pie. Muy despacio.

Baxter obedeció.

La «Luger» no cesó de encañonarle.

—Correcto, Larry. Ahora tu revólver. Un movimiento sospechoso y apretaré el gatillo. Arrójalos sobre el sofá.

El detective abrió su chaqueta. Siguiendo las instrucciones de la muchacha lanzó el revólver sobre el mueble indicado.

—No lo conseguirás, Jacqueline. Mulligan no es tonto. Ya sospecha de tu padre y, cuando descubra la muerte de Susan, llegará a las mismas conclusiones que yo...

—¿Qué conclusiones, querido?

Baxter entornó los ojos.

Interiormente admiró la sangre fría de Jacqueline. Una mujer que se había atrevido a desafiar al Sindicato del Crimen.

—La desaparición de tu padre fue demasiado perfecta. Casi diría que... fantasmal. Secuestrar a un hombre paralítico, sin ocasionar el

menor ruido, sólo es posible mediante la complicidad de éste. Los sistemas de alarma no funcionaron. Alguien los desconectó. Alguien de la casa. ¿Quién? ¿Stephen Brooks? No... Brooks sólo es un perro fiel sin inteligencia. Fue precisamente él quien me proporcionó la primera pista al Contarme su frustrada aventura amorosa con Margaret. Brooks fue narcotizado evitando así que descubriera la tranquila salida de Arthur Hershey.

—¿Encontraste alguna droga en el champaña? —interrogó Jacqueline con sarcasmo.

—Margaret sí lo creyó. Ignoraba que tú, más inteligente, ya habías sustituido la botella.

¿Me equivoco?

—Sigue, Larry. No lo haces del todo mal.

—Poco más hay que añadir. Margaret y Susan gozaban de la confianza de Arthur Hershey. Las dos han muerto. Ya habían cumplido su trabajo y había que silenciarlas. ¿Quién cometió esos dos asesinatos? ¿Hershey? No... Hershey es un inválido. ¿Quién queda? Su encantadora hija Jacqueline. Margaret no sospechó tus intenciones. Tampoco Susan. Ésta permitió que su asesino presenciara cómo tomaba un baño. Incluso fumó con él. Susan no tenía pintados los labios. Y una de las colillas sí estaba manchada de carmín.

Todo te señalaba a ti, Jacqueline.

—Has acertado, aunque tus deducciones no se pueden clasificar de brillantes.

—Hay algo más, Jacqueline. Me sorprendió que los... secuestradores me seleccionaran a mí para entregar el dinero. Fue entonces cuando comprendí tu juego. El acudir en busca de un detective privado formaba parte del plan. Un hombre ajeno a la organización para así poder manejarlo. Exigir el rescate a Mulligan resultaba peligroso. Movilizaría a todos sus hombres.

—En efecto, Larry. Gracias a tu colaboración tengo el dinero. Tú mismo has burlado a los hombres de Mulligan. Ya nada me detendrá. Tú recibirás un balazo en la cabeza. Margaret y Susan ya no pueden delatarme... Como bien has dicho, ya habían cumplido su trabajo. Afortunadamente Margaret me telefoneó después de tu visita al Siren Club. La muy estúpida había decretado tu muerte. Presencí, desde la ventana, cómo te desembarazabas de ese tal

Burnett. Margaret no pudo verlo, estaba muerta. Tuve que huir por la escalera de incendios para evitar encontrarme contigo.

—Y Susan, una vez efectuada la llamada solicitando el rescate, también tenía que ser silenciada.

—Ajá.

—Tu padre tiene un extraño sentido de la lealtad. Margaret y Susan siempre le fueron fieles. Desde los viejos tiempos de San Francisco. ¿Dónde está el gran Hershey? Ahora podrá comprar una flamante silla de ruedas con incrustaciones de oro y...

—¡Cállate, maldito...! ¿Qué sabes tú? ¡Has fanfarroneado como un estúpido engreído...! ¡Sin comprender nada! ¡No debes hablar mal de mi padre! ¿Me oyes, bastardo?

Baxter parpadeó.

Perplejo por la súbita ira de Jacqueline.

El rostro de la muchacha aparecía desencajado. Sus senos subían y bajaban en descompasado palpar.

Volvió a hablar con ronca voz:

—Reconozco tu inteligencia, Larry... Has acertado en casi todo. Sólo un pequeño error.

—Mi padre nada tiene que ver en este asunto. Todo el plan fue ideado por mí. —Tu padre tuvo que dar el consentimiento para simular el...

—No, Larry. No fue necesario. Mi padre murió aquella misma noche.

Jacqueline había abierto la bolsa para comprobar su contenido. Volvió a cerrarla.

Realizó todo aquello sin dejar de encañonar a Baxter.

—Dos millones de dólares... No es suficiente para castigar lo que hicieron a mi padre, pero me conformaré. Ellos fueron los causantes de su muerte... Durante la fiesta le comunicaron que iba a ser sustituido por John Mulligan. Mi padre ya lo sospechaba, pero jamás creyó que se decidirían a hacerlo. Toda su vida la dedicó a la organización. ¡Y ahora le quitaban el mando! Cuando acudí a su habitación me lo contó nerviosamente. Sufrió un ataque al corazón. Y allí mismo, sobre su cadáver, se me ocurrió todo el plan. Simular un secuestro. Sabía que podía contar con la ayuda de Margaret y Susan. Somos viejas amigas. Nos conocimos en San Francisco. Fueron ellas las que me enseñaron a dirigir el... internado

femenino.

Baxter sintió un escalofrío.

Quiso hablar, pero Jacqueline le interrumpió con un leve ademán.

—Mi padre, después de sufrir el atentado, empezó a preocuparse por el futuro.

Temiendo el día en que el sindicato prescindiera de él. Y me puso al frente del internado femenino. Ajeno por completo a la organización. Yo sola lo controlo, Larry. ¿Has oído hablar de la trata de blancas?

—Víbora...

—Puedes insultarme. Será tu único consuelo.

—No conseguirás burlar a Mulligan.

—A Mulligan sólo le importa el diario. Yo conocía su existencia. Así pude exigir el dinero a la organización. Mulligan recibirá una llamada anónima indicándole que puede pasar por el Meric Motel a recoger el diario. Y aquí lo encontrará. Junto a tu cadáver. El sindicato respirará tranquilo y olvidará todo lo ocurrido. O tal vez se decida a buscar a Arthur Hershey para castigarle. Por todo Illinois, por Nueva York, California... No se les ocurrirá mirar en el invernadero del *bungalow*.

Una mueca de estupor se reflejó en Baxter.

Reaccionó.

Y de nuevo, muy a su pesar, admiró la refinada y diabólica mente de Jacqueline.

—¿En..., en el invernadero?

—Sí, querido. Allí le enterramos entre las tres. Margaret, Susan y yo. Les prometí medio millón a cada una. Aceptaron sin dudar. También tú tendrás tu recompensa. Puedes quedarte con los veinticinco mil dólares del cheque. Tu ataúd será uno de los más lujosos de...

Jacqueline se interrumpió.

Sobresaltada al oír el motor de un coche.

Se precipitó hacia la salida a tiempo de ver cómo dos autos se detenían frente a la caseta del motel.

Giró con el rostro rojo de ira.

—¡Maldito estúpido...! ¡Te han seguido los hombres de Mulligan...!

La mujer apretó el gatillo.

Larry Baxter esperaba aquello.

Se arrojó al suelo esquivando milagrosamente la bala.

Jacqueline no rectificó el disparo. Con la bolsa en su mano izquierda emprendió desenfrenada carrera hacia el bosque que circundaba los *bungalows* del motel.

El crepitar de una ametralladora resonó con estruendo.

Jacqueline interrumpió bruscamente su carrera. Cayó de bruces. Materialmente cosida a balazos.

Larry Baxter se había apoderado de su revólver.

No intentó salir.

Ya había visto avanzar a varios hombres. Portadores de ametralladoras «Browning».

El detective apagó el quinqué para acto seguido agazaparse junto al ventanal.

Eran ocho hombres los que cercaban el apartamento.

—¡Eh, Baxter...! ¿Puede oírme? Reconoció la voz de Mulligan.

—¡Sí, Mulligan...! ¡Le felicito! ¡Tiene buenos sabuesos!

—No fue culpa suya, Baxter; sino de Jacqueline. Uno de mis muchachos se sorprendió al verla enfilar por la comarcal de Joycesville. El resto fue fácil de adivinar.

Larry Baxter esbozó una fría sonrisa.

No tan fácil.

John Mulligan jamás llegaría a sospechar el diabólico plan de la mujer.

—¡Oiga, Baxter...! No queremos hacerle ningún daño. Sólo nos interesa el diario de Hershey. ¡Vamos a entrar a por él!

—¡Al primero que lo intente le enviaré al infierno!

—¿Se ha vuelto loco, Baxter? Ésa era su misión. Dar con Arthur Hershey y recuperar el diario, ¿no es cierto?

—Ni loco ni tonto, Mulligan. Con conocer la existencia de ese diario ya el sindicato me ha sentenciado a muerte. No me iban a dejar con vida. Y yo tampoco se lo entregaría, Mulligan. La tentación de acabar con el Sindicato del Crimen es demasiado agradable. Los dos hemos jugado con cartas ocultas. Ni se me iba a dejar con vida ni yo entregaría el diario. ¡Lucharía por él!

—Como quiera, Baxter. ¡Acabar con él!

Una lluvia de balas destrozó todos los cristales del ventanal.

El detective gateó hacia la puerta.

La abrió bruscamente dibujando su silueta bajo el umbral.

Realizó dos disparos.

Certeros.

De mortífera puntería.

Dos de los individuos, los más próximos al *bungalow*, se desplomaron sin vida.

Baxter ni tan siquiera pudo volver a cerrar la puerta. Sólo el tiempo de arrojar al suelo. Prolongadas ráfagas de ametralladora se centraron sobre el hueco de entrada.

Larry Baxter retrocedió hacia uno de los rincones.

Consciente de que su fin se avecinaba.

El revólver apuntó hacia la puerta.

Súbitamente cesaron todos los disparos. El siniestro crepitar fue reemplazado por el rugir de un helicóptero.

John Mulligan y sus hombres quedaron sorprendidos.

Fue la voz del propio Larry Baxter quien les aclaró la situación.

—¡Eh, Mulligan...! ¡Olvidé mencionarle una cosa! ¡Ya que mi deseo era entregar el diario, ordené dar aviso al FBI!

## EPÍLOGO

—¿Es cierto, Larry?

Baxter guardó la botella de «Johnnie Walker» en uno de los cajones de la mesa escritorio.

Dirigió una mirada a Natalie.

—¿El qué?

—Acabo de leer tus declaraciones a la Prensa... Aseguras que fue tu secretaria la que te salvó la vida.

—Ah, sí... De no haber avisado al FBI aquellos hombres hubieran acabado conmigo.

—Sólo cumplí tus órdenes, Larry.

La dulce voz de la muchacha alertó a Baxter.

Consciente de que Natalie iniciaba de nuevo el ataque.

—Te prometo una gratificación especial.

—Yo espero algo más, Larry.

Baxter intentó incorporarse para emprender una poco airosa retirada, pero ya era demasiado tarde.

Natalie se había arrojado en sus brazos.

—¡Oh, Larry...! ¿Por qué sigues fingiendo?

—¿Yo?

La joven le estampó un beso.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Desde el primer día en que empecé a trabajar para ti. No puedes luchar por más tiempo contra tus sentimientos. No puedes huir siempre...

—Oye, Natalie...

—Te quiero, Larry...

Baxter enmudeció.

Se miraron a los ojos.

Lenta, muy lentamente, aproximaron sus labios hasta quedar

unidos en un ardoroso beso.

Larry Baxter abarcó la cintura femenina siendo correspondido por unos brazos que se entrelazaron tras su nuca.

—Pensar que te contraté por considerarte la menos peligrosa...

—¿Estás arrepentido? —Runruneó Natalie.

Baxter deslizó sus labios por el cuello de la muchacha. Atrayéndola aún más contra sí.

Percibió cómo se estremecía el cuerpo de Natalie.

—Hay que mirar las cosas por su lado bueno. Casándome contigo ahorro el sueldo de secretaria. —¡Oh, Larry...!

Iban a unir de nuevo sus labios, pero el timbre de entrada les hizo intercambiar una perpleja mirada.

—¿Quién puede ser?

—Algún cliente, Natalie. Ve a abrir...

—¡No! ¡No vamos a demorar por segunda vez nuestra proyectada semana de descanso!

—Puede ser algo importante...

—Y también puede ser el teniente Loewe.

Baxter sonrió.

—No, pequeña. El teniente Loewe ha dejado de molestarme. Su nombre figuraba en el diario de Arthur Hershey. Como uno de los sobornados. Van a caer altas torres. Natalie.

Todo un imperio del crimen se tambalea.

—Gracias a ti, Larry. Has hecho un gran trabajo y necesitas descanso. ¿De acuerdo?

El timbre volvió a sonar.

Larry Baxter fijó su mirada en la antesala. Luego la posó en el rostro de la muchacha.

No dudó.

Los labios de Natalie eran demasiado tentadores.

Si.

Se tomaría un descanso.

Aunque...

¿Se puede descansar teniendo por compañera a una mujer como Natalie?



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.

## Notas

[1] Guardaespaldas. < <

[2] Parques de ganado existentes en Chicago. < <